

Selección

TERROR

EL PRECIO DEL MIEDO

ADA CORETTI



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

216. — *A solas con Charly*, Lou Carrigan.

217. — *La fosa de los espíritus*, Silver Kane.

218. — *Perros muertos*, Clark Carrados.

219. — *Páramo alucinante*, Ray Lester.

220. — *Pueblo de cadáveres*, Curtis Garland.

ADA CORETTI

EL PRECIO DEL MIEDO

Colección SELECCION TERROR n.° 221

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 54-02-025064
Depósito legal: B. 11.885 - 1977
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,

entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona —1977

CAPITULO PRIMERO

Había empezado a lloviznar, pero Lucille no bajaba la capota de su coche. Se sentía sofocada, casi sin respiración, verdaderamente asada de calor.

A gusto se hubiera bañado en aquella playa que ahora vela a su derecha. Pero no podía hacerlo. Tenía que llegar pronto a Meysstton. El doctor Taylor la estaría esperando.

A la muchacha no le gustaba demasiado la idea de ir a parar a Meysstton, una pequeña localidad sin importancia ninguna, pero era enfermera, se debía a su profesión, y allí estaba ahora su deber. Aunque no sería por mucho tiempo. Así que el bueno del doctor

Taylor encontrara sustituta, ella podría reintegrarse a la ciudad.

De Meysstton poco había oído decir. Pero oyó hablar de la casa de los Ballingtton, que parecía sumergida en el mar. Como asimismo oyó comentar que allí cerca se estrelló un avión, pereciendo carbonizados todos sus pasajeros. También oyó comentar que era de allí Bárbara Harris, la que un año antes había sido Miss Filadelfia.

Esto era todo lo que sabía de aquella localidad.

Pero conforme se iba acercando, la muchacha iba sacando conclusiones por sí misma.

La localidad de Meysstton, debía ser un lugar cargado de polvo, de sequedad y de calor por sus cuatro costados. Por lo menos en aquellos meses de verano.

Mirando hacia la playa, Lucille vio, sobre una pequeña roca que avanzaba sobre el mar y parecía ofrecer facilidades para ser utilizada como trampolín, a un hombre joven, fuerte, en traje de baño, que se disponía a zambullirse.

El hecho no tenía nada de extraordinario, todo lo contrario. Dado el calor que hacía, aquello era lo más lógico y natural del mundo.

Pero no resultó tan natural, ni tan lógico, que el joven aquel, tras su zambullida, no volviera a aparecer...

Lucille detuvo el coche, con los ojos muy abiertos clavados en aquella dirección. ¡Aquel hombre debía haberse ahogado!

Esperó un rato.

Nada.

Ni rastro de él.

Y no, no podía haber salido a la superficie por ningún otro lugar. De haberlo hecho, ella lo hubiera visto.

—¡Vaya sitio de detenerse! —le increpó una voz varonil, desde otro coche—. Si yo fuera un guardia, ya tendría usted encima una buena multa…

Pero dejó su indignación, al ver lo guapa que era Lucille. Los ojos oscuros de la muchacha le llegaron al alma en menos tiempo del que había tardado en malhumorarse y protestar.

—No se preocupe —añadió, tras un breve carraspeo—, por aquí no hay ningún guardia.

—Ese hombre…, ese hombre… —murmuró Lucille, muy impresionada— ha tenido que ahogarse… No cabe suponer otra cosa…

—¿De qué hombre me habla? —preguntó el conductor del otro vehículo—. Si puedo ayudarla en algo… —y se presentó—: Lewis Payne, a sus órdenes.

—Se ha zambullido en el mar, yo le he visto… No ha vuelto a salir a la superficie…

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó él.

—No sabría precisarlo, pero hace mucho… Cinco minutos, como mínimo.

—Un ser humano no puede permanecer tanto tiempo bajo el agua, a menos que lleve equipo de inmersión —acababa de abrir la portezuela de su coche, saliendo al exterior y colocándose junto al de la muchacha. Era alto, atlético.

—No llevaba botella de oxígeno, ni pies de pato, ni nada por el estilo, si es a esto a lo que se refiere —dijo ella—. Me he fijado bien.

—Entonces, puede darle por muerto —sentenció.

—¿Y lo dice tan tranquilo? —le censuró la muchacha.

—¿Cómo quiere que se lo diga, echándome a llorar?

—No quiera dárselas de gracioso.

—Para mí —opinó— que ese joven ha debido bucear y salir por otra parte… A mi juicio no hay más drama que éste. Usted se lo ha tomado a lo trágico, pero…

—¡Le aseguro que no ha salido por ninguna parte! —exclamó Lucille—, ¡Pero si usted no me cree y supone qué me dejo llevar por meras alucinaciones, y no quiere ayudarme…!

—Querer sí quiero —aseguró él—, pero ¿qué podemos hacer si, como usted misma dice, ese sujeto hace ya más de cinco minutos, ahora ya debe hacer seis, que permanece bajo el agua?

—Podemos —dijo la muchacha— hacer por él lo humanamente posible.

—¿Y qué es, en estas circunstancias, lo humanamente posible? Si

no me lo dice me quedo sin saberlo.

—¿Sabe usted bucear? —preguntó Lucille, con decisión.

—Sí, claro que sí —asintió Lewis Payne.

—¿Pues por qué no se echa al agua, bucea un poco y ve lo que sucede...?

—Oiga, monada, que a mí no me toma el pelo ninguna chica por bonita que sea... —y mirando a su alrededor—: ¿Por dónde están escondidas sus amigas, para luego reírse de mí? Para luego reírse de mi buena fe, de mi candidez... Pues de eso nada, monada, no me he tragado el anzuelo.

—¿Pero, cómo —se indignó Lucille— se imagina usted que me estoy inventando todo esto para... para...?

—Francamente, sí —dijo él.

—¡Pues me echaré al agua yo! —exclamó Lucille—. Como sea, alguien ha de hacer algo por ese hombre...

Sin más vacilaciones, la muchacha salió de su coche y corrió hacia la playa. Mientras se dirigía rectamente hacia la roca que avanzaba sobre el mar, se fue desabrochando el vestido. Ya allí, se lo quitó, quedando en dos piezas.

Tenía un cuerpo precioso, perfectamente proporcionado, y Lewis Payne silbó de admiración.

Ella no hizo caso de su silbido, como si no lo hubiera oído, y se lanzó al agua resueltamente.

Sabía bucear muy bien, y lo demostró profundizando varios metros con facilidad.

De pronto, Lucille vio a aquel hombre, al que antes viera zambullirse en el mar. El agua, en aquel lugar era clara y nítida, así que pudo reparar perfectamente en él.

Su cuerpo estaba en el fondo, entre unas plantas que el vaivén del agua movían de un lado para el otro.

Lucille dedujo que esas plantas debían haberle atrapado, impidiéndole salir y provocando su ahogo, su asfixia, y en consecuencia su muerte.

¡Pero en aquel preciso instante le vio moverse, abrir los ojos, mirarla, y esbozar una sonrisa...!

* * *

Lucille sufrió una sacudida tan convulsa, que todo el agua se agitó a su alrededor.

Acababa de sentir un espanto sin límites.

Pero sacó valor no supo de dónde, y tomó impulso hacia arriba, abandonando el fondo y huyendo de aquello que sus ojos, desorbitados, habían contemplado.

Al sacar la cabeza fuera de la superficie, se sintió mejor, como liberada de aquella pesadilla, o lo que fuera, y se dispuso a bracear hacia la cercana orilla. Pero en aquel momento se sintió cogida por los pies y arrastrada inexorablemente hacia abajo.

No se hizo cargo de nada en aquellos momentos. Sólo se dio cuenta de que se hundía en las aguas de un modo angustioso.

Ya abajo, en el fondo, vio que era aquel hombre, el ahogado, o por lo menos el que debiera estar ahogado, quien le había estirado de los pies. Aún seguía sujetándola.

Recorrió el cuerpo de la muchacha una verdadera descarga eléctrica, sufriendo toda ella un verdadero espasmo. El miedo se le había incrustado hasta lo más hondo de sus nervios.

El hombre, sin más, la cogió por el talle y la atrajo hacia sí. La miraba con desenfreno, con lujuria...

Ella, espantada, horrorizada, hubiera querido rebelarse a su contacto, pero la verdad es que apenas le quedaban energías. La segunda inmersión la había cogido desprevenida, con los pulmones vacíos de aire,, así que estaba ya medio asfixiada.

El hombre, de unos treinta años, fuerte, de ojos oscuros, torvos, aumentó la presión de sus manos, atrayendo a la muchacha aún más hacia sí.

A pesar de su mirada, que sólo hablaba de bajos y sucios instintos, Lucille únicamente pensó en que iba a matarla. No acertó a pensar otra cosa. ¡Estaba loca de horror ante aquello que no podía comprender, ni asimilar, porque iba más allá de todo raciocinio...!

Pero aquel hombre se limitó, en principio, a querer besarla. Y la hubiera besado, acrecentando aún más, si cabe, el terror y la perplejidad de la muchacha, pero apareció otro personaje y...

Este sí iba debidamente equipado para lo que estaba haciendo, sumergirse en las aguas de aquella playa.

El hombre que hasta entonces sujetara a Lucille, reaccionó violentamente al ver aparecer al intruso, y al acto se llevó la mano al cinto, sacando a relucir un cuchillo.

Sujetándolo fuertemente por el mango, se abalanzó sobre quien, indudablemente, consideraba un enemigo. Y en pocos segundos le asestó ocho terribles cuchilladas. Una tras otra...

El agua se tiñó rápidamente de color rojo. De un rojo violento.

Lucille, cada vez más asfixiada, de nuevo había tomado impulso

hacia arriba, hacia la superficie. Aquélla era su única esperanza de salvación. Si la desaprovechaba, estaba perdida. Lo sabía. Nunca supo nada con mayor certeza.

Ya arriba, y tras respirar hondo, braceó desesperadamente hacia la orilla. Miraba hacia atrás, con miedo, con angustia, cada dos por tres. Temiendo ser alcanzada. Temiendo ser arrastrada de nuevo hacia el fondo.

Pero sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, así que consiguió alcanzar la orilla.

Si bien en medio de histéricos sollozos.

—¿Qué le pasa...? —le preguntó Lewis Payne, que se había acercado hasta allí.

—El hombre estaba en el fondo —sollozó la muchacha—, le he visto... Entre unas plantas, parecía apresado...

—Vaya, un accidente... —y dada la angustia de Lucille, ya no pensó que aquello pudiera formar parte de una broma.

—Le creía ahogado, muerto... —susurró ella—. ¿Qué iba a creer, si hacía tanto que había desaparecido de la superficie, si hacía tanto que se había hundido en el mar...? Pues estaba vivo... ¡Está vivo!

—¿Vivo? —preguntó Lewis Payne, con gesto de incredulidad—. Eso no es posible.

Usted lo sabe tan bien como yo.

—Está vivo y ha querido besarme... —gimió—. Tan verdad como que luego ha dado de cuchilladas a otro hombre...

—Un momento... Un momento... —pidió Lewis Payne, que empezó a mirar a la muchacha con recelo, como si ya no estuviera muy seguro del estado de sus facultades mentales—. Usted ha buceado y ha llegado al fondo, donde ha visto al hombre que buscaba apresado entre unas plantas... Hasta aquí todo correcto, no tengo nada que objetar.

—Pero se ha movido —dijo Lucille—, ha abierto los ojos, me ha mirado y ha sonreído...

—Sin embargo —recalcó Lewis Payne—, hacía ya casi diez minutos que estaba bajo el agua... Sin equipo de inmersión...

—Sin nada —aseguró la muchacha—. Y sí, me ha sonreído... Y luego me ha estirado de los pies, arrastrándome de nuevo hacia el fondo... Entonces ha querido besarme, pero ha sido en aquel instante cuando ha aparecido el otro hombre y me ha soltado a mí para darle ocho cuchilladas... Sí, las he contado... Ocho...

—Todo esto que me. cuenta, es absurdo, irreal, totalmente inverosímil. No puedo creerlo.

—¡Le juro que es cierto! —exclamó la muchacha, poniéndose en pie, pero dando tumbos, necesitando que Lewis Payne le ayudara—. Ha sucedido tal como le he contado…

—Será mejor que la acompañe hasta Meysstton y que se tome un calmante. Está demasiado excitada.

—Ya lo veo, sigue sin creerme…

—La creeré, se lo prometo —quiso calmarla, sosegarla— en cuanto se encuentre mejor y quiera explicármelo todo de nuevo.

Desde luego, Lewis Payne daba por descontado que la muchacha había estado viendo visiones. Sólo de algo así podía tratarse.

CAPITULO II

El anciano doctor Taylor recibió sonriente a la muchacha.

—Pero ¿te encuentras mal...? —le preguntó al reparar en su palidez y en lo pronunciado de sus ojeras—. Sí, Lucille, a ti te pasa algo...

—Sí —reconoció la muchacha—, me siento trastornada. ¡Me ha sucedido algo tan horrible!

Se lo explicó. Con toda clase de detalles. Tal vez para que no fuera uno más a tomarse a la ligera lo que ella decía.

Estaba convencida, sin embargo, de que el doctor Taylor tampoco tomaría en consideración sus explicaciones. Esperaba, en suma, que se expresara aproximadamente del mismo modo que lo había hecho Lewis Payne. Le diría que se tomara un calmante y que procurara descansar, que al día siguiente lo vería todo de un modo distinto.

Pero su sorpresa fue grande, enorme, cuando se dio cuenta de que el doctor Taylor se tensaba, acusando el impacto de sus palabras, y terminaba comentando entre dientes:

—Sí, ese hombre existe, es una realidad... Hace ya tiempo que lo sé...

—¿Cómo dice usted? —Lewis Payne había acompañado a la muchacha hasta la casa del doctor y aún estaba con ellos—. Supongo que bromea...

—No bromeo, desgraciadamente —aseguró el doctor

Taylor. Y añadió—: No eres tú la primera, Lucille, que ha visto a ese hombre. También lo vio Julie, la hija del carpintero... Vino a decírmelo, a contármelo... Le gustaba bañarse y siempre estaba por la playa... Le vio bajo el agua tanto rato, que no terminaba de explicárselo y sintió la necesidad de comentarlo con alguien... Me dijo que le vigilaría, que le gustaría saber cómo se las arreglaba para aguantar tanto tiempo...

Aquí se detuvo. Se había quedado con la boca seca.

—Siga, doctor Taylor —rogó Lewis Payne.

—A Julie no volví a verla... viva —refirió—. Al día siguiente se encontró su cadáver, las olas lo habían arrastrado hasta la arena de la playa.

—¿Murió ahogada...? —preguntó Lucille.

—Sí, ahogada —dijo el doctor Taylor—, pero con ocho cuchilladas en el cuerpo. Por lo demás...

—¿Por lo demás? —preguntó Lewis Payne, a quien la curiosidad

estaba poniendo sobre ascuas.

—La muchacha apareció completamente desnuda. Saquen las conclusiones que gusten.

—Se me hiela la sangre —dijo Lucille.

—A mí se me encabrita… —repuso Lewis Payne. Quien preguntó seguidamente—: Pero ¿qué dijo la policía?

—Se quedó sin saber qué decir.

—Entonces, ¿no se averiguó nada?

—En absoluto.

—Y usted, doctor Taylor, ¿qué pensó de lo sucedido?

—Pensé, y sigo pensando, que aquí en Meysstton, desde hace cosa de un año y pico, suceden cosas muy raras, muy extrañas… Pero yo soy ya viejo para intentar descifrarlas, así que me encojo filosóficamente de hombros y dejo el trabajo a un joven.

—Yo soy joven —dijo Lewis Payne— y curioso, y entrometido… Cosa que no tiene nada de extrañar, porque soy, de profesión, detective —y añadió—: Les voy a echar una mano.

¿Qué les parece?

—Excelente —sonrió el doctor Taylor.

—A mí también me parece muy bien —dijo Lucille.

La muchacha se quedó en la bonita y amplia casa del anciano doctor Taylor, quien ya le tenía reservada y preparada una de las mejores habitaciones.

—Teniendo tanto sitio libre —le había dicho— no tendría sentido que te fueras a la fonda —y añadió, dirigiéndose a su sirvienta—: Por favor, trátala bien, que no se nos vaya.

A la posada fue Lewis Payne.

Donde, poco después, empezó a dialogar con el dueño del establecimiento, un hombre de baja estatura, que parecía mirar a un lado y al otro con cierto recelo. Como asustado de algo, o por algo.

—Creo que voy a sentirme a gusto en Meysstton… —empezó diciéndole Lewis Payne— . Aquí se respira calma, tranquilidad, ¿no cree usted?

Esperó a ver qué le respondía.

—Según como lo mire, señor.

—¿Cómo he de mirarlo? —preguntó.

—He querido decir —puntualizó el posadero— que sería como usted ha indicado, a no ser por ciertas circunstancias…

—¿Qué circunstancias? —quiso saber—. Si es usted tan amable de

informarme…

—No tengo inconveniente —dijo, tras mirar a su alrededor y ver que estaban solos—. Me refiero principalmente a lo sucedido a la hija del carpintero.

—¿A Julie?

—Sí, a Julie. Por lo que veo ya ha oído hablar de ella. Pues bien, yo también tengo una hija, más o menos de la misma edad de la pobre Julie… Hágase cargo, no puedo sentirme muy tranquilo… No, en absoluto… Con mayor motivo, puesto que a mi hija también le gusta mucho bañarse… Es una de sus debilidades.

—Pero ¿qué le sucedió en realidad a Julie? Nadie ha acertado a decírmelo.

—Nadie lo sabe exactamente. Y esto es lo peor, lo más desagradable, uno no sabe a qué atenerse… Se hacen suposiciones, cábalas, pero eso no conduce a nada…

—No, claro.

Se limitó a decir esto. Veía al posadero con ganas de hablar, de confiar sus impresiones a alguien.

Eso era buena cosa.

—Para mí, que todo empezó a complicarse el día que Bárbara Harris discutió en plena calle con el señor de Ballingtton… Frank Ballingtton, el dueño de la casa grande…

—¿De la casa grande? —inquirió, para que le ampliara pormenores.

—Cuando en Meysstton se habla de la casa grande, ya todo el mundo sabe a qué casa se refiere uno, a la que, mirada de lejos, parece medio sumergida en el mar… Es sólo una mera apreciación óptica, claro. Está edificada, simplemente, junto a la playa… Aquí la playa, a trechos, es rocosa, ¿sabe? Pues bien, como le decía, Bárbara Harris discutió en plena calle con el señor de Ballingtton…

—¿Quién es Bárbara Harris?

—Una muchacha muy guapa, que salió de aquí para presentarse a un concurso de belleza. Soñaba con llegar a ser Miss Mundo. A tanto no llegó la cosa, pero consiguió ser Miss Filadelfia. Después se hizo modelo, artista de cine, ya se sabe, lo de siempre…

—¿Por qué riñeron?

—Frank Ballingtton estaba enamorado de ella, y quería casarse. Pero ella tenía la cabeza llena de pájaros y ambicionaba algo mejor que aceptarle a él.

—Pues aceptar al dueño de la casa grande —opinó Lewis Payne— no parece que tuviera que ser una mala salida.

—No son tan ricos como parece, ni mucho menos. Apenas cuentan con algo de capital.

La casa es enorme, y vale lo suyo, pero tiene ya encima una hipoteca.

—¿Vive allí solo Frank Ballingtton?

—Con sus hermanas Elisabeth y Pamela, y con su abuelo… Ese abuelo —masculló entre dientes el posadero— que les vino de sopetón. Ni sabíamos que existiera, ésta es la verdad.

—Prosiga con lo que me decía de Bárbara Harris, por favor.

—Se fue de aquí, lo dicho, y desde entonces… Sí, 1 desde entonces todo empezó a complicarse.

—No le comprendo.

—El señor de Ballingtton sigue siendo tímido, apocado, indeciso… Como siempre…

Pero a pesar de eso, lo cierto es que más de uno sospecha que haya podido ser él quien… quien… —pero se interrumpió.

—¿Quien dio ocho cuchilladas a Julie, la hija del carpintero? —preguntó Lewis

Payne—. ¿Es esto lo que iba a decir?

—Sí, esto mismo —reconoció el posadero.

—Pudiera ser, claro está… Alguien tuvo que hacerlo…

—Aquí cerca se estrelló un avión —añadió el posadero—. ¿Lo sabía usted?

—Supongo que de este hecho no se la carga también Frank Ballingtton —ironizó el joven.

—Tanto como eso… Aunque hay gente que trae la negra, ¿no cree usted?

—No sea supersticioso —y Lewis Payne esbozó una sonrisa.

—Desde luego, aquélla fue una auténtica catástrofe —dijo seguidamente el posadero, y seguía refiriéndose al avión siniestrado—. No hubo supervivientes…

Incluso algunos cuerpos, de puro carbonizados, no fueron ni siquiera hallados. Claro que, para según qué pasajero, eso significó lo mismo que llegar sano y salvo…

—¿A quién se refiere exactamente? —preguntó—. No le he comprendido.

—A un condenado… Convicto y confeso de haber violado y asesinado a varias muchachas por las calles de Nueva York, aquel vuelo le llevaba poco menos que directamente a la silla eléctrica. No perdió, pues, mucho en el cambio, ¿no le parece a usted?

—No mucho, francamente.

—Sin embargo —agregó el posadero—, hubo una muerte que el mundo entero lamentó, la del famoso científico e investigador, doctor Padggone. Pero, en fin, así fue y así hubo que aceptarlo.

Hubieran continuado hablando, pero entró un cliente y Lewis Payne pensó que por el momento ya estaba bien. Seguirían en otra ocasión. No había tanta prisa.

—Hasta la vista, amigo —le dijo al posadero, haciéndole un gesto con la mano.

Y salió del establecimiento.

CAPITULO III

Uno de los cometidos de Lucille, consistía en ir diariamente a la casa grande. Tenía que inyectar a Elisabeth Ballingtton, soltera, de unos treinta años, alta, delgada, pecosa, que padecía dolores de cabeza. A veces tan persistentes y tenaces, que casi resultaban insufribles. Por suerte, últimamente, con el nuevo tratamiento, parecía encontrarse más aliviada.

Fue allí, en aquella casa, donde la muchacha conoció a Frank, el hermano mayor, muy parecido físicamente a su hermana Elisabeth. En cuanto a su temperamento, era un hombre a todas luces tímido, apocado, constantemente inseguro de sí mismo. Un hombre que, eso sí, parecía esforzarse por mostrarse amable con todos.

Sin saber exactamente por qué, Lucille tuvo la sensación de que un peligro extraño empezaba a cernirse sobre ella. No, no pudo eludir esa desagradable y molesta sensación.

—Vive aquí nuestro abuelo —había de informarle pocos días después Pamela, la hermana menor, veinte años apenas, rubia, bonita, con una sonrisa muy agradable—. Disculpe, Lucille, que de momento no se lo presentemos... Si hemos de decirle la verdad, nuestro abuelo no está muy bien de la cabeza...

—No se preocupe —se limitó a decir ella.

No volvieron a hablar del abuelo. Como si, expuestas aquellas razones y alegada aquella excusa, ya no hiciera falta nada más.

Lucille procuraba estar allí, en aquella casa, el menor tiempo posible. Pero Frank Ballingtton sabía retenerla con un pretexto u otro. Estaba claro, le gustaban las chicas guapas. Y Lucille era guapa de veras.

—¿Quiere que le enseñe la casa? —le ofreció aquella tarde.

La muchacha no pudo negarse y tuvo que recorrer en su compañía todas aquellas estancias, que desde luego eran amplias y elegantes. Dignas verdaderamente de una gran casa. Pero el sótano no se lo enseñó. No quiso que bajara por aquellas escaleras.

—Ahí está el abuelo... —le comunicó—. Vale más dejarle solo con sus cosas...

—Sí, claro...

Regresaron al salón, la estancia donde Elisabeth y Pamela solían permanecer casi constantemente. En esta ocasión, cosa rara en ellas, la recibieron con una sonrisa. ¡Pero ahora estaban en compañía de un sujeto, y Lucille, al reparar en él, al reconocerle, sintió que se moría del susto!

—Le presento a nuestro primo Steve... —dijo Pamela.

Era el mismo que vio zambullirse en el mar, y desaparecer bajo su superficie. ¡El mismo que luego, tras diez minutos de estar sumergido bajo las aguas, encontró entre unas plantas...! ¡El mismo que, seguidamente, se movió, abrió los ojos y le sonrió! ¡El que, por último, la cogió por el talle, la atrajo hacia sí y quiso besarla...!

—Mucho gusto —oyó su voz recia, ronca, arañada.

—En... encan...tada..¡ —tartamudeó ella, sintiendo que las rodillas se le doblaban.

—Nuestro primo Steve —le informó Elisabeth— acaba de llegar de Londres. Viene a pasar una temporada con nosotros.

Ante la seguridad con que fueron formuladas estas palabras, Lucille no pudo menos de preguntarse si no sería ella la equivocada. Quizá existiera un parecido, sólo eso, entre aquel hombre sumergido en el agua y el que ahora permanecía ante ella. Pero no, ella hubiera jurado una y mil veces que se trataba de una misma persona.

—¿No nos hemos visto antes? —se atrevió a preguntar—. No sé, me da la sensación de conocerle ya...

—Como le ha dicho mi prima Elisabeth, acabo de llegar de Londres —le respondió, un poco secamente.

Intervino Frank Ballingtton, haciéndole saber que, en honor de su primo Steve, iban a dar una pequeña fiesta. Lo dijo medio balbuciendo. Y de igual forma añadió: —Espero..., espero que..., que quiera honrarnos con su presencia, Lucille. También vendrá el doctor

Taylor y su actual ayudante, el doctor Lewis Payne...

—Es un placer aceptar su amable invitación, señor Ballingtton —contestó ella con una sonrisa de circunstancias. .

* * *

—Ya ves —le dijo Lewis Payne, así que se reunieron de nuevo—, adelanto a buena marcha, gracias al doctor Taylor, por descontado... —y le hizo saber—: Acudiré a la fiesta

y empezaré a olfatear... Ese será el primer paso. Pero dime mientras tanto la opinión que te va mereciendo el dueño de la casa y sus hermanas Pamela y Elisabeth.

—Lo que tengo que decirte, antes de nada, es que he vuelto a ver a aquel hombre, al que quiso besarme bajo el agua, al que luego acuchilló al otro... Me lo han presentado, así, tal como suena... Se llama Steve... Según me han asegurado, acaba de llegar de Londres...

—Pero ¿estás segura de que se trata de una misma persona?

—Sí..., bueno, creo que sí...

—Ya veo que vacilas.

—No, no... Bueno, un poco —y llevándose las manos a las sienes, como si sintiera fiebre—. ¡Es todo esto tan incomprensible, tan abrumador, tan alucinante!

—No te preocupes, el día de la fiesta empezará a descorrerse el telón. De eso me encargaré yo. Si no es a las buenas, será a las malas.

—Deberás tener cuidado, no quisiera que te sucediera nada malo... No me lo perdonaría...

Se dio cuenta de que le estaba tuteando y de que él, también, hacía rato que venía haciendo lo mismo. Sonrió.

—Tienes una sonrisa preciosa, Lucille —le aduló él.

—Tú tampoco estás nada mal —bromeó ella—; eres todo un tipazo.

Se rieron.

Estaban en un bar. Ocupando una de las mesitas colocadas en la acera, bajo una marquesina que el sol había descolorido. No se habían metido dentro del local a causa del calor.

Esa circunstancia les favoreció, al permitirles ver, desde allí, cómo se detenía un coche de alquiler, apeándose una joven morena, de ojos profundamente negros. Tenía una silueta sensacional. Vestía de un modo muy llamativo e iba muy pintada.

—Si es Bárbara —le oyeron murmurar boquiabierto al joven camarero del bar.

—¿Quién ha dicho que es...? —le dijo Lewis Payne, aunque adivinando ya, claro está, de quién se trataba.

—Se fue de aquí hará cosa de un año y pico, para presentarse a un concurso de belleza —le explicó el camarero, dándose tono—. Lo ganó, y a partir de entonces, por lo que he oído decir, todo le ha ido de cara. Debe haber regresado para hacer rabiar a Frank Ballingtton. Por aquel entonces eran medio novios... —y agregó—: Su nombre es Bárbara Harris...

Lewis Payne siguió con la mirada a la guapa y llamativa visitante, viendo que se encaminaba directamente hacia la posada.

—¿No tiene familia aquí en Meysstton? —preguntó al camarero —. Parece que va en busca de una habitación que ocupar.

—Vivía en una pequeña casa —le informó—, pero la vendió antes de irse. Dijo que no tenía la menor intención de regresar, a no ser...

—¿A no ser? —preguntó Lewis Payne.

—Para convencer a su amiga Julie... Hubiera deseado que Julie se

fuera con ella, ¿sabe?, para juntas escalar la fama y hacerse ricas... Pero Julie no se decidió, le supo mal dejar solo a su hermano... Un hermano al que quería mucho...

—Al mencionar a Julie, ¿se está usted refiriendo a la muchacha que se encontró muerta en la playa? —esta vez la pregunta corrió a cargo de Lucille, anteponiéndose a la misma, que ya iba a formular Lewis Payne.

—Sí, a ella me estoy refiriendo, ¡pobre muchacha! —al instante añadió—: Y ahora su pobre hermano...

—¿Qué le pasa al hermano? —inquirió Lewis Payne.

—Ha desaparecido.

—Pero en algún sitio debe estar... La gente no desaparece así como así.

—Eso parece. Sin embargo, la verdad es que no se le encuentra por ninguna parte. La última vez que le vieron, se disponía a meterse en el mar, llevaba equipo de inmersión...

No hizo falta que prosiguiera, para que Lucille y el joven detective se intercambiaran una mirada.

Los dos acababan de pensar en el joven que, bajo las aguas, recibió ocho cuchilladas.

CAPITULO IV

Ya desde el primer momento, la fiesta, si es que tal nombre podía dársele, resultó un poco extraña.

El primo de los Ballingtton no se presentó.

—No se encuentra bien —se limitó a decir Pamela a los invitados —. Les ruego que le disculpen. En otra ocasión será.

A Lewis Payne le tenía sin cuidado que la fiesta pudiera resultar más o menos deslucida. A él, lo único que le importaba, era encontrar el momento de escabullirse de allí.

Una ocasión que, dado lo numerosa que era la concurrencia, no tardó en presentarse.

Y entonces se largó del salón en que se hallaba, cruzó el vestíbulo, se deslizó por uno de los pasillos y escamoteó a todos, discretamente, su presencia.

Al poco se hallaba junto a la estrecha escalera que conducía al sótano.

¿No era aquella escalera por la que Frank Ballingtton no quiso que bajara Lucille? ¿No era aquel sótano donde estaba el abuelo, por cierto, según decían, no muy bien de la cabeza...? Pues por ahí, qué duda cabe, debía empezar sus pesquisas.

Empezó a bajar los peldaños. Con precaución, teniendo bien presente que podía surgir algún imprevisto no del todo agradable.

Pero llegó abajo, al sótano, y nada había sucedido de anormal, tampoco de extraordinario.

Por los altos ventanucos entraban las últimas claridades del día. Por esos mismos ventanucos, se oía el rumor del cercano mar. Reparó en los barrotes de los mismos. No parecían ser muy fuertes. Una observación que merecía retenerse en la mollera.

Lewis Payne siguió adelante, hacia una pequeña puerta que veía al fondo. A través de su quicio, se escapaba el resplandor amarillento de una luz eléctrica.

Tal circunstancia no le amedrentó y dispuesto a averiguar qué había, cierta y exactamente, tras aquella puerta, se acercó, cogió el manillar y entreabrió lentamente.

Lo que vio, verdaderamente no se lo esperaba...

Era aquélla una estancia amplísima, cuyo techo se asentaba sobre varios postes de madera. Había muchos estantes, sobre los cuales se veían infinidad de recipientes de cristal. Y dentro de esos recipientes de cristal, cangrejos... Un cangrejo en cada recipiente.

Los crustáceos tendrían unos cuatro centímetros. A un extremo, un armario de ¿cero inoxidable, con instrumental médico, y una botella... En el interior de ésta, un líquido verdoso...

Lewis Payne no entendió nada de lo que acababa de ver. Aquello, que bien mirado tenía trazas de ser un laboratorio, en realidad daba la sensación de ser la obra de un perturbado mental.

Sentado frente a una mesa situada al otro lado de la estancia, mirando algo a través de un microscopio, había allí un hombre, en bata blanca. Era de avanzada edad. Tras él, otra puerta, que debía dar acceso a la continuación de todo aquello.

Pero a Lewis Payne le bastaba, de momento al menos, con entender y encontrar explicación a ese trozo de sótano.

Ni corto ni perezoso, saludó con desenvoltura.

—Buenas noches...

Aquel hombre de avanzada edad se volvió. Tenía una mirada clara, casi sin color. Una mirada que parecía tener poco de cordura y mucho de desvarío. Una mirada, empero, donde brillaba una extraña e insólita luz de inteligencia.

—Buenas noches —la respuesta salió tras una embarazosa y vacilante pausa.

—Usted es el abuelo de los Ballingtton, ¿no es eso?

Le vio mirar a un lado y al otro. ¿Con temor, con recelo...? No hubiera sabido decirlo.

Finalmente le vio asentir.

—Sí, sí...

—Espero no haberle molestado con mi intromisión.

—No, no...

—A mí las fiestas me cargan —sonrió Lewis Payne—. Así que, me he dicho, vete a echar un vistazo abajo, y a hablar un poco con el abuelo... Siempre le dejan solo —añadió—. Esto no está bien, no debieran hacerlo... Tendría que protestar...

—A solas me encuentro muy a gusto, mejor que en compañía. ¡Oh, no lo digo por usted!... Espero que no haya tomado mis palabras por una indelicadeza, nada más lejos de mi intención que molestarle...

—No se preocupe, le he comprendido perfectamente —y queriendo ver por donde saltaba la liebre—. Los genios como usted necesitan soledad para poder concentrarse mejor... Porqué usted es un genio, ¿verdad?

Relucieron fulgurantes los ojos de aquel hombre. Relucieron de tal modo, que hasta puede decirse que sus pupilas lanzaron chispas.

—Usted me comprende... —musitó—. Acaba de conocerme y ya me comprende... Le doy las gracias por ello. Es agradable ver que despierta algo de admiración el talento que uno lleva dentro...

—Claro que sí, no faltaría más —aseguró el joven—. Pero, dígame, ¿qué finalidad tienen estos cangrejos? Si no le incomoda y no se toma a mal mi curiosidad...

—En absoluto... En absoluto... Por el contrario, su curiosidad me halaga, se lo aseguro a usted... —empezó a animarse.

—Pues cuénteme... —sonrió de nuevo Lewis Payne, lo que no había de impedirle mirar de hurtadillas si alguien más estaba por allí. Sabía que, de ser así, no sería precisamente un amigo.

—Si es tan amable de querer escucharme... —la animación del abuelo iba en aumento.

—Soy todo oídos, se lo aseguro.

—Pues verá, estoy fabricando branquias a la medida que necesito.

—¿Branquias?

—Supongo que sabe lo que es eso. Nosotros, los humanos, necesitamos pulmones para respirar... Pues bien, los peces, en lugar de pulmones utilizan sus branquias, es su órgano respiratorio... Por eso a los peces se les llama branquíferos...

—De acuerdo..., de acuerdo... Siga usted.

—Pero sólo las branquias de una clase de cangrejos, tienen una insólita propiedad...

Pude descubrirlo hace unos años, en un viaje que hice a Australia...

—¿Sí?

—Y esa insólita propiedad, permite que sus branquias puedan ser injertadas sin provocar el rechazo... ¿Se imagina usted?

—No del todo, francamente.

—Pero no es posible injertar branquias tan pequeñas —prosiguió—, sería cosa de nunca acabar, así que debo hacerlas mayores... Como le decía, a la medida que necesito...

No, éste no es un problema para mí... ¿Ve usted ese líquido de color verdoso...? Ese, el de la botella... Es otro de mis inventos, o mejor dicho, la prolongación del mismo...

—¿De veras?

—Se lo voy a demostrar, ¿quiere...? —sin esperar su asentimiento, se dirigió al armario de acero inoxidable y cogió un cuentagotas. Estaba allí, entre el instrumental médico.

Sólo depositó dos gotas del líquido verdoso en uno de aquellos

recipientes de cristal. Al acto, el cangrejo se hizo mayor, mucho mayor, casi dobló su tamaño.

—¿Se ha dado cuenta? Con sólo dos gotas he conseguido que sus branquias sean doble de grandes de lo que eran hace unos instantes... Insólito, increíble, ¿no es cierto?

—Sí, ciertamente. Pero..., pero... —y se decidió a exponer su punto de vista, por más que él no fuera doctor, ni científico, ni nada que se le pareciera.

—Pero ¿qué? —preguntó el abuelo, no cabía duda de que el tema le entusiasmaba, le enervaba.

—Si con dos gotas consigue hacer dos veces mayor el cangrejo, ¿por qué no echa en el recipiente de cristal una cantidad muy superior de este líquido verdoso y así precipita el crecimiento y se ahorra tanta espera...?

—Ya, ya he pensado en eso —aceptó la idea—. Claro que sí... Incluso la he llevado a la práctica. Pero ¿sabe lo que sucede entonces?, que el cangrejo, ante un crecimiento excesivo y precipitado, deja de ser un animal inofensivo y se vuelve iracundo, irascible, violento, y ataca... Uno de ellos incluso me rompió con las pinzas de sus patas delanteras, el recipiente de cristal... Tuve que aplastarlo con el pie porque me estaba planteando problemas...

—Comprendo —dijo Lewis Payne.

—Así que, como le decía, tengo que fabricar branquias a la medida que necesito, pero dentro de lo humanamente posible, claro... Conseguido esto, las junto, unas a otras, y puedo ya practicar el injerto... Está asegurado que no habrá rechazo... ¿Lo ha entendido usted?

No, aquello no lo había entendido nada bien. Lewis Payne deseaba hacerle más preguntas.

Sin embargo, no tuvo opción a hacerle ninguna.

Apareció Frank Ballingtton, con su aspecto apocado e indeciso de siempre. En esta ocasión, empero, se había de apresurar a decir, si bien con cierto balbuceo:

—No... no molestes al... al señor Payne con tus relatos de ciencia ficción, abuelo. Déjale tranquilo.

—Por favor, señor Ballingtton —sin perder la serenidad, el joven detective se volvió hacia el recién llegado—, no le reproche nada a su abuelo. La culpa ha sido sólo mía.

¿Sabe?... —improvisó—, estaba en el salón cuando me ha parecido oír voces, que salían de aquí, del sótano... He temido que pudiera estar sucediendo algo malo y he venido a ver de qué se

trataba… No les he dicho nada para no asustarles…

—Como… como ve —dijo Frank Ballingtton, y seguía balbuceando— no… no sucede absolutamente nada, todo es normal —e inquirió—. ¿Regresamos al salón, señor Payne?

—Encantado.

* * *

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Lucille.

—Está como un cencerro —contestó Lewis Payne.

—¿El abuelo…?

—Sí, como un cencerro… —repitió—. A menos que… Pero es prematuro pensar en eso —añadió, tras sacudir la cabeza—. Vale más que termine de aprovechar debidamente la velada. Voy a acercarme a Pamela… Me conviene conversar un poco con ella… Supongo que no vas a sentirte celosa por eso…

—¿Celosa yo? —protestó Lucille—. ¡Qué más quisieras!

Poco después, Lewis Payne se dirigía en busca de Pamela Ballingtton, que estaba conversando con el anciano doctor Taylor.

—Le dejo —dijo éste al poco, tal vez adivinando el mutuo deseo de quedarse a solas.

Porque el deseo era mutuo. Esto no cabe dudarlo después de que Pamela se apresurara a decir:

—He de hablar con usted, doctor Payne.

—Puede hacerlo cuando guste…

—Ahora es imposible, nos están espiando —el tono te salió trémulo, como si el miedo estuviera aleteando en cada una de sus sílabas.

—¿De veras nos están espiando?

—Sí, sí…

—¿Quién? —preguntó.

—Esto lo ignoro. Pero no me engaño, y podría jurarle que en estos momentos unos ojos están fijos en nosotros. No miro a mi alrededor, para no demostrar mis sospechas…

—Una precaución muy acertada.

—Necesito hablarle —repitió—, pero buscando una discreción mayor. ¿Podría ser esta noche, cuando saliera de aquí?

—Cuando usted mande. ¿Dónde quiere que la espere?

—Aquí cerca, junto a la carretera, ¿le parece?

—Perfectamente.

—Tardaré lo menos posible.

—Allí estaré.

Se separaron.

No querían inspirar recelos, si es que, ciertamente, alguien tenía su atención depositada en ellos.

—Doctor Payne... —había de decirle Elisabeth Ballingtton instantes después—, si por las circunstancias que" fueran el doctor Taylor no pudiera atenderme, sepa de antemano que a mí no me molestaría en absoluto que usted lo hiciera por él...

—Agradecido.

—Claro que, si usted va a irse pronto de Meysstton... —parecía deseosa de saber si iba a ser larga o corta su permanencia en aquella pequeña localidad.

—Sinceramente, no creo que tarde mucho en marcharme —contestó Lewis Payne—, Pero mientras permanezca aquí, puede contar conmigo para lo que sea.

Elisabeth pareció, entonces, querer decir algo más. Pero se quedó con la boca abierta, sin decidirse a hablar. De esto se percató perfectamente Lewis Payne, si bien "hizo como si no captara el detalle.

Un rato después, unos y otros se despedían. La fiesta había finalizado.

CAPITULO V

Junto a la carretera, Lewis Payne esperaba ver aparecer de un momento a otro a Pamela Ballingtton. Era lo acordado.

Había dicho a Lucille:

—Será mejor que regreses con el doctor Taylor. Yo me quedo a aclarar un pormenor…

El pormenor era saber lo que la muchacha tenía que decirle. Algo muy importante, estaba seguro de ello. De no ser así, no le hubiera hecho falta tomar tantas precauciones.

La noche era oscura, cargada de nubes. Daba la impresión de que iba a llover.

Lo que sin duda resultaría conveniente, pues incluso a aquella hora de la noche el calor estaba resultando sencillamente sofocante. La lluvia refrescaría el ambiente.

Lewis Payne se alegró cuando se descorrió una nube y se dejó ver un tímido trozo de luna. Así vería mejor lo que le rodeaba.

Pero lo que vio, francamente, no le gustó nada. Absolutamente nada.

Cerca de allí se alzaba una sombra alta, una oscura y elevada silueta, que con un cuchillo en la mano se lanzó hacia él de un modo exasperado, irascible, frenético. Como si un estallido de ira enajenara de pronto todo su ser. Como si un loco frenesí arrebatara de súbito todos sus movimientos e impulsos.

Lewis Payne tuvo tiempo de detener el vehemente ataque. De momento, al menos, pudo hacerlo. Luego se vio rodando por un pronunciado declive de tierra, yendo a parar a un trozo de arena. Con él había caído su enemigo.

Este se levantó rápido. Lewis Payne hizo otro tanto, no con menos rapidez. No era cosa de quedar en inferioridad de condiciones.

Pero la inferioridad existía, porque su enemigo seguía con el cuchillo en la mano… Su hoja brillante, afilada, lanzaba destellos…

Se fijó en su enemigo, que era, desde luego, un perfecto desconocido para él. No le había visto nunca. Tenía buena memoria y estaba seguro de ello.

—Voy a dejarle bien agujereado… —le oyó decir con una voz recia, ronca, arañada.

—Inténtalo al menos —contestó Lewis Payne sin perder para nada la serenidad.

Había aprendido a luchar cuerpo a cuerpo. Sabía, pues, que para

dejarle en la estacada su enemigo tendría que esforzarse un poco más de lo que debía estar imaginándose.

Lo malo era aquel cuchillo, que parecía ansioso por hundirse en la carne…

Esquivando el arma, fue retrocediendo varios pasos. De un modo instintivo, maquinal.

Esperaba su oportunidad. Antes o después tenía que llegar. Estaba seguro de eso.

Pero se vio junto a las olas del mar y entonces comprendió que su enemigo, a sabiendas, había provocado aquel retroceso…

De pronto, Lewis Payne recibió un golpe que le hizo caer hacia atrás, sobre el agua, allí la arena acababa de pronto, de sopetón. Su enemigo cayó sobre él, obstinándose, desde el primer momento, en sumergirle.

Tras una enconada pelea, se vieron ambos bajo el agua, hundidos bajo su superficie. El cuchillo, claro, seguía en primer plano…

Pero el cuchillo no podía con Lewis Payne. De un modo o de otro, por inverosímil que pueda parecer, siempre conseguía esquivar sus golpes, sus acometidas. Sin embargo…

Pronto empezó a faltarle el aire.

No así a su enemigo, que se comportaba como si ese detalle no tuviera importancia para él. Como si no le molestara lo más mínimo la falta de oxígeno.

En su lucha, llegaron al fondo, junto a unos pedruscos. Allí, Lewis Payne quiso encontrar su oportunidad. Sabía que, o la encontraba pronto, o no la encontraría nunca.

Cada vez quedaba menos aire, menos oxígeno en sus pulmones.

Finalmente consiguió coger el brazo de su enemigo y retorcérselo, hasta que la mano se aflojó y el cuchillo dejó de ser un peligro… Para hacer eso, necesitó todas sus fuerzas, porque su enemigo también era joven y fuerte. Pero lo logró. ¡Vaya si lo logró!

Creía, empero, que la lucha seguiría. Pero en esto se equivocó de pleno.

Habiendo perdido el cuchillo, su enemigo ya no quiso aventurarse a nada más. Por lo visto no le había gustado en absoluto el contrincante que le había tocado en suerte. Así que, se escapó de allí, nadando lo más rápidamente posible.

Lewis Payne se dispuso a seguirle. Se dispuso a ser él quien ahora persiguiera, quien ahora acometiera.

Sin embargo, no lo hizo así. Se quedó quieto, mirando hacia un lugar determinado, con los ojos desorbitados.

Acababa de ver, bajo un par de pedruscos, el cuerpo de un joven. Un joven muerto, cosido a cuchilladas, sobre quien se lanzaban una verdadera bandada de pequeños e inofensivos peces...

Sí, muy pequeños e inofensivos, pero eran tantos que el cuerpo del infortunado joven estaba ya, en según que sitios, convertido en puros huesos.

Lewis Payne se acercó a él, provocando la momentánea huida de aquellos tímidos pececillos. Buscó en sus ropas, en sus bolsillos. Consiguió encontrar lo que buscaba, lo que necesitaba: su documentación.

Muy deteriorada, naturalmente, pero aún válida. Podría identificar al desgraciado.

* * *

—¿Qué le ha sucedido...? —Pamela Ballingtton estaba ante él, nerviosa y asustada.

—Acabo de tomarme un baño —ironizó él, que chorreaba agua por todas sus ropas—.

¡Hace tanto calor esta noche!

—No me gaste esta broma...

—Han querido gastármela a mí, que no es lo mismo. Pero, bueno, dígame lo que desea.

Ya me ha salido el agua de los oídos.

—No sé por dónde empezar —confesó Pamela—. La verdad es que tengo miedo, mucho miedo...

—¿De quién?

—Todo está demasiado confuso... No, no puedo definirme en mis apreciaciones. No somos ricos, estamos lejos de disponer de mucho dinero y, sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Mire, doctor Payne... —pero sin sacar aún lo que llevaba dentro del bolsillo de su vestido—. Pero, bueno, usted no es doctor, ¿verdad que no...? O mucho me estoy equivocando.

Vio clavada en él su mirada. Una mirada de chica lista.

—No —reconoció.

—Mejor —dijo Pamela—, para doctor ya tenemos al bueno del doctor Taylor. Lo que ahora estamos necesitando, y con urgencia, es un joven valiente, decidido, que quiera ayudarnos.

—¿Ayudarles...?

—Sí, claro. A mi hermana Elisabeth, a mi hermano Frank y a mí…

—De acuerdo. Ahora prosiga.

—Mire esto… —ahora sí sacó lo que llevaba en el bolsillo de su vestido.

Era algo envuelto en un papel fino.

Desenvolvió el papel. Y apareció, ante los ojos asombrados de Lewis Payne, una pulsera de maravillosos diamantes.

—¿Qué le parece? —preguntó Pamela.

—Debe valer una buena cantidad.

—Da por descontado, pues, que los diamantes son auténticos.

—Lo afirmo, sí.

—¿Entiende de esto…?

—Lo suficiente —y repitió—: Son auténticos.

—Entonces —creció su agitación— no puedo comprenderlo. Algo se escapa a la realidad que nos rodea… ¡Oh, sí, ahora tengo aún más miedo!

—¿Quién le ha dado esa pulsera?

—No puedo decírselo —bajó la cabeza—. Prometí que no se lo diría a nadie.

—Yo de usted, faltaría a esa promesa y diría lo que sé… Tengo el presentimiento de que todo esto no forma parte de ningún juego de niños…

—El mismo presentimiento tengo yo.

—Entonces, ¿a qué espera…? ¿A una ocasión mejor…? —y endureciendo la voz—:

Piense que quizá no se presente…

—¿Quiere asustarme? —tembló toda ella.

—¿Por qué no? Puede ser por su bien…

—Sí, claro.

—Dígame todo lo que sepa —insistió, al ver que la muchacha vacilaba—. Sería una torpeza por su parte no hacerlo así, créame.

—Sí, voy a decírselo…

Pero cuando iba a continuar, le pareció oír un ruido y le entró miedo a hablar.

Luego reaccionó, si bien a su modo, y echó a correr.

CAPITULO VI

Al llegar a la posada, se encontró con la agradable sorpresa de. que Lucille le estaba esperando.

—No hubiera podido dormir sin saberte sano y salvo. Pero... —había reparado en el lamentable estado en que llegaba—, ¿qué es lo que te ha sucedido? ¡Si vienes con todas las ropas mojadas!

—Un remojón involuntario. Yo te lo contaré todo... Pero ahora déjame ir a cambiarme.

—De acuerdo —respondió ella—. Aquí te espero.

—Solo tardaré cinco minutos.

—No corras.

Ni a cinco minutos llegó la espera.

—Bueno, explícame... —habían buscado un lugar oportuno para hablar, a solas, sin interrupciones.

Lewis Payne se lo explicó todo.

—Como verás —añadió al poco—, el asunto se está complicando desagradablemente...

Resulta, pues, que el joven acuchillado en el fondo del mar era el hermano de Julie, la pobre muchacha que apareció muerta en la plaza... Resulta, por lo demás, que yo me veo atacado por el mismo hombre que a ti quiso besarte... Todo hace deducir que se trata de idéntica persona...

—¿Cómo era físicamente? —preguntó Lucille, para concretar, para que ambos supieran mejor a qué atenerse.

—Unos treinta años —dijo Lewis Payne—, fuerte, con ojos oscuros, torvos.

—El mismo, no cabe la menor duda.

—Con voz recia, ronca, arañada.

—Sí, el mismo —ratificó. Y había de añadir—: Steve, el primo de los Ballingtton...

—Además, existe como detalle revelador —prosiguió Lewis Payne— aunque por el momento no podemos saber que es ciertamente lo que revela, una pulsera de auténticos diamantes... A este respecto, Pamela Ballingtton se siente asombrada, y también muy asustada, no puede comprender que esa joya tan valiosa esté en sus manos... Me ha dicho... «no somos ricos, estamos lejos de disponer de mucho dinero y, sin embargo...».

De lo que se desprende, evidentemente, que el regalo, llamémoslo

así, se lo ha hecho uno de su misma familia. De lo contrario no tendría sentido esa observación…

—Sí, claro —admitió ella.

—Se me ocurre pensar —dijo Lewis Payne— que la joya quizá se la haya dado su abuelo… Podría ser… Aunque ese hombre me ha parecido al margen de todo aquello que no sea la idea obsesiva que lleva dentro, y que le domina…

—¿Qué idea?

—Algo más digno de un auténtico científico, que de una persona normal. Algo más digno de un loco, que de un cuerdo… Ya te pondré al corriente de todo eso mañana, ahora es ya muy tarde. Te debe bastar con saber, que cría cangrejos y que intenta fabricar branquias a su medida…

—Ahora comprendo perfectamente por qué me dijiste que estaba como un cencerro.

—También te dije, «a menos que…»

—Continúa —rogó ella, al ver que se había interrumpido de un modo altamente enigmático.

—¿Y si el abuelo de los Ballingtton —inquirió— no fuera exactamente el abuelo…?

—No te entiendo.

—Es sólo una sospecha.

—Pero…

—Te lo explicaré detenidamente más adelante. Cuando mi sospecha se asiente, se agarre a algo. Ahora sería prematuro, es sólo eso, una simple y vulgar sospecha, demasiado poco…

—Como quieras.

—Bueno, vete ya, Lucille. Es ya muy tarde. Mejor dicho, yo te acompaño.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Está aquí, muy cerca, la casa del doctor Taylor.

—Aunque estuviera a dos pasos. Es de noche y ya no me fío ni un pelo de todo

Meysstton.

—Si opinas así…

Ya estaba de regreso, en la posada, disponiéndose a subir a su habitación, cuando se vio abordado, y detenido, por una grata e insinuante voz de mujer.

—Por favor…

Se volvió.

Y vio que, quien se hallaba a su lado, apenas a un par de pasos, era ni más ni menos que Bárbara Harris. La que se fue de la localidad para ganar un concurso de belleza. La que, desde entonces, según se comentaba, tenía la suerte de cara.

—Quisiera hablar con usted, señor Payne. ¿Es posible? —le sonrió para allanar el terreno.

—Por descontado que sí.

—Preferiría mi propia habitación, si a usted no le importa… —ahora le echó encima una mirada incendiaria.

—Por mí no ha de quedar la cosa…

Al poco habían subido la escalera, llegando al piso. Una vez recorrido el estrecho y corto pasillo, se detuvieron ante una de sus últimas puertas.

—Es aquí —le comunicó ella.

Entraron.

Ella cerró la puerta a sus espaldas.

Sobre el tocador se veía una bandeja, una botella de buen champaña y dos copas.

—¿Tan segura estaba de que iba a aceptar su invitación…? —sonrió Lewis Payne.

—Sí —le devolvió seductoramente la sonrisa—, porque sé hasta dónde puedo valorarme…

—Claro…, claro… Pero dígame, sin más ambages, lo que busca de mí… —quiso poner, ante todo, los puntos sobre las íes—. Ya sé que soy un tipo alto, fuerte y guapo, por el que se vuelven locas las mujeres, pero… Con sinceridad, prefiero saber lo que se lleva entre manos, preciosa… Es que de ingenuo tengo poco…

—Necesito que alguien me eche una mano —le informó— y aquí, en esta localidad, nadie me ha parecido más idóneo que usted para pedirle el favor.

—Lo acepto como una gentileza.

—Lo es.

—Continúe…

Antes de empezar a hablar, descorchó la botella de champaña y llenó con el dorado líquido aquellas dos copas.

—Por nuestra amistad —dijo Bárbara.

—Por nuestra sincera amistad —Lewis Payne había añadido irónicamente lo de «sincera».

Sólo bebió un sorbo. No demasiado largo por si acaso.

No, no podía fiarse demasiado de aquella mujer, a pesar de lo hermosa y tentadora que era. Quizá, precisamente por eso, menos aún. Claro que quizá luego de escucharla, se sintiera mucho más predispuesto a confiarse a ella…

—Verá, señor Payne. Hace días recibí una carta, de una persona cuyo nombre prefiero omitir…

* * *

—Si empieza omitiendo, no creo que lleguemos a entendernos. Usted verá lo que hace.

—Bueno, tal vez sea mejor que le hable claro. Eso nos beneficiará a los dos.

—Esté convencida de ello.

—Pues como le decía, recibí una carta… Me la escribía el hermano de Julie… Julie era una buena amiga mía, cuando yo vivía aquí en Meysstton. Me decía que Julie había muerto ahogada en extrañas e insólitas circunstancias… A este respecto, no añadía nada más, pero hacía hincapié en el hecho de que Julie, antes de mora-, se sentía más contenta

y feliz que nunca… ¿Los motivos? También me hablaba de eso…

—Hábleme ahora de eso usted a mí.

—Antes de irme yo de aquí —refirió Bárbara Harris, tras acabarse el champaña de su copa—, Frank Ballingtton quería pasarse conmigo… Pero a mí no me seducía la idea, porque no era rico, porque sobre su casa pesaba el gravamen de una hipoteca, y porque era un hombre apocado y tímido, siempre inseguro de sí mismo… No, no era en absoluto un ideal para mí. Así que le dejé.

—Comprensible —intercaló Lewis Payne.

—Se ve —prosiguió— que cierto tiempo después, Frank Ballingtton depositó su atención en Julie, en mi guapa amiga… Ella iba a rechazarle también, pues tampoco le tentaba la idea de unir su vida a la de él, cuando Frank Ballingtton, para tentarla, para decidirla, le dijo que tenía en su poder un cofre lleno de valiosísimas joyas…

—¿Y su amiga se lo creyó? —preguntó Lewis Payne.

Nada había alterado la expresión ni la compostura del joven, pero, por su interior, había respingado todo él. Aquello empezaba a interesarle. ¡Y mucho!

—Le tuvo que creer. Le ofreció… un precioso collar de esmeraldas, y le dijo que, el resto, todo lo que celosamente guardaba

en su poder, se lo enseñaría más adelante… Así que Julie no se atrevió a rechazarle… sin embargo, unos días después, de pronto, la pobre apareció muerta, ahogada… Fue entonces cuando su hermano quiso intervenir, para ver de averiguar algo… Fue entonces cuando me escribió a mí, explicándomelo todo… Yo, finalmente —añadió Bárbara —, opté por venir de nuevo a Meysstton… Pero el hermano de mi amiga ha desaparecido. Nadie sabe dónde está.

—¿Y qué piensa hacer?

—Mire, hablándole con sinceridad, si yo he regresado aquí, ha sido por ese dinero, por esas joyas… Si Frank Ballingtton se fijó en mi amiga Julie, fue por despecho, porque yo le había rechazado… Y también, claro, porque siempre le han llevado de cabeza las mujeres hermosas, y Julie era guapa, hermosa, sí… —y añadió—: Si ahora me vuelve a ver a mí, seguro que le intereso de nuevo… Y, la verdad por delante, no me vendría nada mal una boda ventajosa…

—Creí que había triunfado en el cine —aventuró Lewis Payne—. Lo oí decir.

—Me hicieron un par de pruebas, para ver si era fotogénica. Lo era, sí… Luego me dieron una oportunidad, es decir, un papelito que según me aseguraron daba opción a lucirse… Pero no, yo no sirvo para artista de cine… No sé actuar… Lo hago detestablemente… En cuanto a convertirme en modelo publicitario, o maniquí, eso ya no resulta tanto… En conclusión, no he triunfado lo que la gente asegura por aquí… Sí, me convendría una boda ventajosa.

—Me hago cargo.

—Pero todo esto no termino de verlo claro, señor Payne, y en el fondo estoy un poco asustada. ¿De dónde habrá sacado Frank Ballingtton esas joyas, ese tesoro…? Me lo pregunto una y otra vez.

—¿Qué se responde?

—No acierto a responderme nada. Pero la tentación me arrastra hacia el hombre que antes rechacé, así que estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda…

—Comprendido.

—Pero necesito ciertas seguridades. Espero que sea usted, señor Payne, quien me las proporcione.

—Su mejor seguridad sería que se largara de aquí. ¿Por qué no lo hace?

—Quiero quedarme. Y quiero… —añadió, esta vez con una fascinante sonrisa en sus labios— comprar su ayuda… Sinceramente, de dinero estoy muy mal… Pero como de encantos estoy muy bien…

—De primera.

—Me he dicho que una cosa puede ir por la otra. Que, ¿vale, señor Payne?

—Vale —contestó.

Bárbara Harris era por temperamento una mujer apasionada, más bien volcánica.

Sobre todo cuando tenía a su lado a un hombre que valiera la pena. Lewis Payne era, por lo demás, de lo mejorcito que había visto. Así que tardó escasos segundos en echarle los brazos al cuello y en pegarse a él como una verdadera lapa. La verdad es que se sentía ansiosa por. ser estrechada por aquellos brazos tan fuertes.

—Bésame… —suplicó.

Iba a obedecer el ruego, y encantado, por cierto, ¡cómo no! ¡Cualquiera se perdía una propina como aquélla!

Pero se oyeron voces abajo.

Entre éstas, se destacó la voz de Lucille, muy angustiosa, muy alterada.

—¡El doctor Taylor está muerto, muerto…!

CAPITULO VII

En efecto, el cuerpo del doctor Taylor yacía sin vida sobre el suelo de la casa. Se hallaba entre un charco de sangre. Le habían dado ocho cuchilladas.

Lewis Payne las contó bien. Ni una más ni una menos. Exactamente ocho.

«La misma cantidad que a Julie… —reflexionó—. La misma cantidad que a su hermano…»

No había signos de violencia a su alrededor. Todo permanecía en perfecto orden. El asesino debió haberle cogido enteramente desprevenido. Otra cosa no cabía.

A Lewis Payne le dieron tentaciones de ir directamente a la casa que, vista a distancia, desde lejos, parecía medio sumergida en el mar. A la casa de los Ballingtton. Allí había mucho que hacer. Por lo menos mucho que hablar.

Pero comprendió que debía esperar al nuevo día, pues no debía dar muestras de tan evidente impaciencia. Siempre es una buena medida demostrar serenidad.

Por eso, al día siguiente, se esforzó por desayunar con calma, para hacer tiempo. No vio a la bella Bárbara Harris por allí, y la supuso reposando hasta algo más tarde, o acicalándose para ponerse lo más llamativa e irresistible posible.

Sin embargo, así que llegó a la casa grande, se dio cuenta de que, la ex Miss Filadelfia, había madrugado mucho más de lo que él se imaginara. Ya estaba allí. Y no había perdido el tiempo. Se deducía fácilmente, porque Frank Ballingtton permanecía a su lado en solícita y amorosa actitud.

Para que quedara aún más clara la situación, Frank Ballingtton le dijo a Lewis Payne así que le vio llegar:

—Vamos a casarnos.

—Mi enhorabuena —felicitó él.

Ya tenía a su lado a Pamela, que se lo llevó consigo hacia la sala de billar. Aunque por el aspecto de la estancia, allí no se jugaba a billar hacía ya muchos años. Eso debió corresponder a otra época, a esa en que ninguna hipoteca pesara sobre la casa.

—Señor Payne…

—Dígame.

—Elisabeth sabe que ayer hablé con usted. He preferido no ocultárselo.

—Mejor así.

—Dice que ahora desea ser ella quien se sincere con usted. Espérele aquí unos minutos, por favor.

—Conforme, pero ¿y usted, Pamela? ¿No iba a decirme quién le entregó esa valiosa pulsera de diamantes?

—Fue mi hermano Frank —confesó—. Pero ignoro por completo de dónde ha podido sacarla.

—¿No se lo ha preguntado? —inquirió.

—Sí, sí… Sin embargo, se niega a decírmelo… Todo esto es algo inexplicable para mí, se lo aseguro…

No tardó en presentarse Elisabeth, y entonces Pamela esbozó una sonrisa embarazosa y se retiró, no sin antes decirles:

—Hablarán más a gusto sin mí.

—Por mí puedes quedarte —repuso Elisabeth—. Lo que voy a decirle al señor Payne, lo sabes tú tan bien como yo.

—Prefiero que se lo digas tú, Elisabeth. A mí todo esto me pone muy nerviosa.

—Como quieras.

Ya a solas, Elisabeth comentó:

—Mi hermana es una chica lista, y, sin embargo, carece de entereza, de voluntad…

—¿Usted no? —preguntó Lewis Payne.

—No —movió la cabeza con energía—. Aunque últimamente, reconozco que me he sentido tan temerosa, vacilante e insegura como ella… Por ejemplo, el otro día quise hablar y sincerarme con usted, y quise, en conclusión, solicitar abiertamente su ayuda, pero el miedo me obligó a enmudecer… Pero yo no soy cobarde, no lo he sido nunca, así que…

—Me di cuenta de que algo le obligaba a callar —asintió Lewis Payne—. ¿Ha dicho que fue el miedo?

—Sí —reconoció—, un miedo inconcreto e impreciso que poco a poco nos está agarrotando a todos.

—Si usted lo dice, no sería justo que yo no la creyera. Pero para que la comprenda y ayude, necesito más datos…

—Estoy dispuesta a facilitárselos, señor Payne. Sí, ya sé por Pamela que usted no es doctor… Preferible —luego agregó—: Voy a decirle lo que sé… Puesto que Pamela ha empezado a descorrer el velo…

—Siga descorriéndolo usted.

—Eso voy a hacer, y con valentía. Ya no aguanto más esta

situación. Mire, señor Payne, la muerte de Julie me desazonó horriblemente… Hasta ese momento, lo acepté todo con cierta benevolencia, pero a partir de entonces, no, imposible…

—¿Por qué no? —preguntó Lewis Payne.

—Aquí cerca hay un pequeño islote, ¿se ha percatado de ello? Pues bien —había visto cómo el joven asentía—, yo vi cómo mi hermano Frank llevaba a Julie hasta allí, serían las seis de la tarde… En una pequeña barca de remos… No les vi regresar… Al día siguiente, apareció sin vida el cuerpo de ella, en la playa… ¡Por Dios! —exclamó, anteponiéndose a lo que Lewis Payne pudiera estar pensando—, no se le ocurra suponer que yo sospeché de mi hermano… En absoluto… Mi hermano es muy bueno… Tan bueno como tímido y apocado…

—Entonces, ¿qué ha querido decirme con eso?

—Más que querer decirle algo, he pretendido exponerle unos hechos, esperando que sea usted quien les saque miga… Verá —prosiguió—. Frank hace tiempo que está demasiado nervioso, demasiado excitado, antes no era así. En cierta ocasión un avión se estrelló cerca de donde él se hallaba, no muy lejos de aquí, y se impresionó tanto, que algo se desequilibró dentro de él… Por lo menos es esto lo que yo pienso… Pero, bueno, esto no viene del todo al caso… La realidad es que tiene los nervios deshechos, y que nos obliga, a Pamela y a mí, a cosas que no tienen ni pies ni cabeza…

—¿Cómo, por ejemplo?

—Nos hace decir a todo el mundo, que el hombre que permanece en el sótano de esta casa, haciendo no sé qué cosas raras, es nuestro abuelo… Pero nosotros perdimos a nuestro abuelo hace ya mucho tiempo… Vivía lejos de Meysston, con nuestra hermana mayor, que se casó muy joven con un diplomático…

—¿Qué más les hace decir?

—Que un joven alto y fuerte, al que no habíamos visto en la vida, es nuestro primo, recién llegado de Londres, y que se llama Steve… Para conseguir nuestra colaboración, la de Pamela y la mía, nos suplicó casi llorando que no le dejáramos solos. Nos aseguró que ése sería el modo de que todos consiguiéramos la felicidad… El, encontrando una esposa joven y guapa, que es lo que más ambiciona, tal vez porque nunca ha tenido éxito con las mujeres… Nosotras, pudiendo vivir con toda clase de lujos… En fin, nos dijo un montón de absurdos…

—Pero accedieron a su juego —dijo Lewis Payne.

—Sí, pero dando por descontado que todo sería cuestión de unos días. No fue así, todo lo contrario… Fue entonces, ante la impaciencia y el desasosiego de Pamela, y ante el desasosiego y la impaciencia

mía, cuando Frank nos prometió pagarnos bien... Nos daría joyas... Joyas valiosísimas, que nos harían ricas... ¡Creímos, señor Payne, que había perdido el juicio! Pero Pamela ha recibido ya una preciosa pulsera de brillantes, usted ya lo sabe, y yo..., yo... un broche de no menos valor. Un broche con el que, francamente, no sé qué hacer... Apenas lo toco, me quema la piel... Es como si fuera una brasa candente...-

—¿No ha hecho preguntas a Frank? Es su hermano. Debe existir confianza entre ustedes.

—Se niega a responder a todas las preguntas que Pamela y yo le hacemos. Sólo nos pide paciencia, un poco más de paciencia... A mí, me consta, que está pasando más miedo que nosotras... Y es decir, porque nosotras estamos ya muy asustadas —y concluyó—: Le debe estar sucediendo algo muy malo, señor Payne.

—Veré qué puedo hacer por él y por ustedes dos.

—Se lo agradeceré mucho.

—¿Tiene algo más que contarme?

—No, señor Payne, esto es todo.

* * *

Se acercó a Frank Ballingtton, que en la terraza de la casa, cara al mar, se hallaba en actitud muy amorosa junto a Bárbara Harris, y le pidió que le concediera unas palabras.

No serían precisas muchas, le aclaró.

Bárbara Harris torció el gesto. Todo le estaba yendo mucho mejor de lo que había podido esperar, y la intromisión de Lewis Payne, ahora, le contrariaba. Ella le había pedido que le ayudara, no que pusiera trabas a sus planes.

—No..., no faltaría más... —dijo Frank. Y volviéndose hacia ella de nuevo—: Espérame unos instantes, querida. Sólo unos pocos instantes. En seguida regresaré.

Se alejaron un par de docenas de pasos, por la misma terraza, que era amplísima.

—Dígame, doctor Payne.

—Dejemos lo de doctor... —dijo el joven, un poco secamente—. No he aprendido una sola asignatura de medicina en toda mi vida.

—¿No...? —se sorprendió, o fingió sorprenderse. Una de dos. No era fácil saberlo.

—No —dijo Lewis Payne—. Se lo confieso, porque por lo visto no tengo cara de matasanos.,. Me han descubierto en seguida. De todos

modos, el subterfugio ya me sirvió para lo que deseaba, para poder presentarme por primera vez en esta casa, me refiero al día de la fiesta, y para empezar a darle cuerda al reloj.

—¿A qué reloj se… se refiere? —preguntó Frank Ballingtton, empezando a tartamudear.

—Al reloj, que por lo visto, no funciona muy bien en esta casa —puntualizó.

—No le com… comprendo… Que yo sepa, todos los relojes de esta casa marchan bien, a la hora…

—Entonces, dígame, señor Ballingtton, ¿a qué hora regresó del islote con Julie…?

—¿Yo…? —una oleada de sangre le subió al rostro—. ¿Yo al islote con Julie…? ¿Quién le ha contado eso…?

—Quien me lo haya contado, es lo de menos. Lo que realmente cuenta, es si es cierto o no…

—Sí, sí… —se decidió, finalmente a admitir—. Reconozco que es cierto. Pero…, pero… regresamos poco rato después.

—¿Quién les vio regresar?

—Nadie, desgraciadamente…

—Y al día siguiente, Julie apareció muerta.

—Por eso no he dicho a nadie que estuve con ella en el islote. Esa confesión me comprometería, ¿no se hace cargo? —había empezado a sudar de mala manera.

—Naturalmente.

—Sólo lo saben mis hermanas, pero ellas no lo dirán a la policía. Ellas me quieren.

Siempre han sido muy buenas conmigo. Pero yo, que conste, señor Payne, no tengo nada que ver con lo que le sucedió a Julie…

—¿A qué fueron al islote?

—A nada… A dar un paseo… A besamos… Eramos novios, teníamos pensado casamos pronto…

—Sin embargo, ahora tiene pensado casarse con Bárbara Harris.

—Yo siempre he estado enamorado de Bárbara. Al irse ella de esta localidad, busqué consuelo en la pobre Julie, que también era muy guapa… Ella me aceptó…

Así estaban las cosas cuando inesperadamente sucedió la tragedia…

—Una tragedia que supongo lamentarían todos.

—Sí, claro.

—Incluso su abuelo, ¿no es eso? A pesar de que su abuelo parece totalmente obsesionado con su, digamos cría de cangrejos…

—Mi abue… abuelo… —sudaba ya tanto, que ni bajo una ducha hubiera permanecido más mojado.

—¿Va a decirme que no es su abuelo o lo digo yo…? —hizo un gesto de impaciencia.

—No, no… lo… es… —admitió—. Reconozco que no lo es… Pero la verdad es que… que…

—¿Y qué me cuenta de su primo Steve? Tampoco es su primo.

—No, no…

—Bien, acláreme todo este lío. A ver si así, de una vez, adivino de dónde demonios ha podido usted sacar esas joyas…

Frank Ballingtton dejó de sudar, para quedarse frío, helado, como si se hubiera convertido, de pronto, en un trozo de hielo.

—¿Quién le… le… ha dicho lo… lo de las joyas? —inquirió torpemente—. Sí, claro, mi hermana Pamela… o mi hermana Elisabeth. Las mujeres ya se sabe cómo son, no se puede confiar en ellas, son incapaces de guardar un secreto… Pues entérese —hizo un esfuerzo de voluntad realmente infrahumano—, no hay ningún misterio en ello. Como hermano mayor, mis padres antes de morir me confiaron unas cuantas joyas… Mi obligación era repartirlas… Es lo que he hecho…

—¿Y espera que yo, así, lindamente, me crea este cuento que si no es chino de por ahí viene?

—Va a… va a tener que… que creérselo. No tiene pruebas de lo contrario.

—Ha entregado a sus hermanas esas joyas —puntualizó Lewis Payne—, no porque les pertenezcan, sino para que le secunden… Para que digan que ese hombre que permanece en el sótano es su abuelo, y el otro, el joven, su primo… A propósito, ¿podría tener el gusto de saludarle? Me refiero a su primo Steve… No sé por qué —ironizó—, pero me parece que le reconocería en seguida.

—No va a poder saludarle —dijo Frank Ballingtton—, de veras lo… lo lamento. Ha regresado a Londres.

—Ofrecieron una fiesta en su honor, a la que, por cierto, no llegó a presentarse, y luego resulta que se larga de pronto… —y queriendo hacer hincapié en el hecho de que a él no se le enredaba fácilmente—: Chocante, muy chocante, señor Ballingtton.

CAPITULO VIII

Era ya de noche.

Las sombras se cernían sobre la arena de la playa, donde se hallaba varada una pequeña barca de remos. Desde la casa de los Ballingtton, desde su ancha terraza, se llegaba allí fácilmente. Para ello bastaba bajar unos pocos escalones de piedra.

—Alguien me ha dicho que también fuiste con Julie al islote —repuso Bárbara Harris—.

¿Es eso cierto?

—Sí —asintió Frank, tras un titubeo.

—¿Y le enseñaste lo mismo que ahora quieres enseñarme a mí? —quiso sonsacarle.

—Sí... —volvió a decir.

—Pero ¿qué es eso...? —preguntó. Se sentía impaciente porque, de una vez, él le dijera

de qué se trataba.

—Algo maravilloso.

—¿Sí...?

—Joyas muy valiosas.

—Vamos, hombre... ¿A santo de qué van a haber joyas muy valiosas en ese islote? ¡Tú quieres guasearte de mí! —pretendía sonsacarle la verdad, y cuanto antes, y para eso hacía como si no le tomara en serio. De este modo confiaba en espolearle.

—Te aseguro que... que...

—Si no lo veo, no me lo creo —le había interrumpido.

—Pues para eso te he citado aquí, Bárbara, para que con tus propios ojos te convenzas...

Pero, dame 'a mano, esto está muy oscuro y no quiero perderte de vista... —se había estremecido, y ella lo notó a través de su sudorosa mano—. Me ha parecido oír un ruido, como si alguien estuviera por aquí... ¿No has oído tú nada?

—No, nada —dijo ella—. Por aquí no hay nadie, absolutamente nadie. Estamos solos.

—Es preferible —y llegando junto a la barca—. Es de remos, nos costará un poco llegar, pero resulta mucho más discreta que si fuera a motor...

—Sí, claro.

—Ayúdame a arrastrarla. Luego te metes tú dentro.

—De acuerdo.

Empujaron los dos hasta que la proa de la pequeña embarcación fue mojada por las suaves olas.

—Ya es suficiente. Sube.

—Sí, Frank.

—Espera... —le había estrujado la mano.

—¿A qué tengo que esperar? —preguntó ella.

—Me ha vuelto a parecer que... que oía algo... —balbució.

—No seas tonto. ¿Qué vas a oír, si estamos solos?

—¿Cómo saber si... si estamos solos, si nos rodean las... las sombras de la noche?

—Anda, vamos ya al islote.

—Sí, sí...

Poco después, Frank Ballingtton remaba rítmicamente, avanzando de un modo no muy rápido, pero sí continuado. La distancia entre la barca y el islote mermaba considerablemente, se estaba haciendo cada vez menor.

—Ya hemos llegado —dijo Frank, finalmente.

Saltó a tierra, no sin antes alumbrarse debidamente con la linterna que acababa de sacar del bolsillo de su pantalón. Luego le ayudó a Bárbara a salir de la pequeña embarcación.

Seguidamente, una vez puesta ésta a buen recaudo, Frank enfocó con su linterna un estrecho camino, entre pedruscos.

—Sígueme.

—Aquí sólo veo piedras —repuso ella.

—Dentro de poco no dirás lo mismo.

En efecto, poco después, Frank Ballingtton se agachaba, levantaba un grueso pedrusco y dejaba ver un hoyo. Allí dentro, en el hoyo, había un cofre.

—No irás a decirme que aquí dentro están esas joyas, ¿verdad? —inquirió Bárbara, ahora ya disimulando mal su intensa emoción.

—Te lo digo... Aquí están... —añadiendo el gesto a la palabra, destapó el cofre.

Y ante la mirada ambiciosa de Bárbara Harris aparecieron, enfocados por el ruedo de luz de la linterna, las joyas más tentadoras, cautivadoras y maravillosas que ella nunca viera en su vida.

—¡No es posible! —exclamó fascinada—. Esto parece un sueño... Un sueño del que voy a despertar de un momento a otro...

—Algo muy parecido dijo Julie —musitó Frank Ballingtton.

—¿Cómo dices? —preguntó Bárbara, que no le había entendido.

—No, nada…, nada… —no quiso repetírselo. Pensó que no venía a cuento mencionar a Julie.

—Esto parece un sueño —repitió Bárbara, y juntaba las manos en actitud de énfasis.

—Del que no debes temer despertar —repuso Frank— si te casas conmigo. Entonces, todo esto será tuyo, tuyo…

—¡Oh, no puedo creerlo! —se arrodilló junto al cofre y empezó a acariciar aquellos maravillosos diamantes, y aquellos esplendorosos y rutilantes zafiros, rubíes, esmeraldas.

—Te gusta, ¿verdad?

—Pero ¿cómo has conseguido todo esto…? —preguntó Bárbara, cuando consiguió apartar su mirada del contenido de aquel cofre.

—No!.., no puedo decírtelo… Es un secreto… Pero para que, una vez nos hayamos separado, sigas acordándote más y mejor de lo que has visto, toma… ¡Te regalo esto! — había puesto en las manos de Bárbara unos fascinantes pendientes de diamantes, con zafiros incrustados.

—¡Gracias, Frank!

—Estarás muy hermosa cuando te los pongas… Bueno, tú siempre estás hermosa…

No supo exactamente por qué, pero Bárbara Harris sintió el deseo, casi la necesidad de preguntarle:

—¿A Julie también le regalaste algo…?

Ella ya sabía que sí, que Frank Ballingtton le había regalado un collar de esmeraldas. Lo sabía por la carta que le escribiera su hermano.

—Sí —reconoció—, un collar de esmeraldas. Pero no nombres a Julie —rogó, asustado—. Está muerta.

—¿Y eso qué tiene que ver…? —quiso saber Bárbara.

—Los muertos causan respeto.

—Sí, claro —admitió—. Además, Julie era mi amiga, bien lo sabes. Pero eso no quita que se pueda hablar de ella sin que eso signifique nada malo, ¿no crees?

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Murió ahogada, pero con ocho cuchilladas en el cuerpo, y saber eso me agarrota de miedo… No, no lo puedo evitar.

—Bueno, hombre, si te lo tomas así no te la nombraré. Por esto no vamos a enfadarnos.

—Nos casaremos pronto, ¿no es cierto, Bárbara? Piensa que, así que nos unamos en matrimonio, tú serás una mujer rica... Y yo, por mi parte —agregó—, habré hecho realidad lo que siempre fue un imposible para mí, tenerte, poseerte...

—De acuerdo, Frank. Nos casaremos pronto.

—Pon fecha, por favor.

—Ponía tú, Frank.

—La semana próxima, ¿te parece?

—Sí.

—Y ahora regresemos... —cerró el cofre y le colocó encima el pedrusco, dejándolo todo del mismo modo que lo encontraran.

—Sí, Frank.

Cuando se despidieron más allá de la playa, Bárbara dejó que Frank Ballingtton la besara.

—Gracias por los pendientes.

—Todo será tuyo, Bárbara —le prometió—. Recuérdalo mientras no llegue el día de nuestra boda.

CAPITULO IX

Y mientras entraba en la posada, Bárbara Harris iba diciéndose y repitiéndose precisamente eso, que todo iba a ser suyo.

Pero ¿por qué, necesariamente, para que todo fuera suyo, tenía que cargar con el tímido, apocado y poco agraciado Frank Ballingtton? No le hacía demasiada gracia pensar en eso.

Metida de lleno en estas reflexiones, le sobresaltó el saludo de Lewis Payne. ¡Este sí que era todo un tipo!

—Buenas noches.

—¡Ah!, ¿es usted...?

—¿Quiere cenar conmigo? La invito.

Se sentía mirada con mucha fijeza y eso le proporcionaba desasosiego. Le daba la impresión de que el joven estaba adivinando que venía del islote.

—No, gracias, no tengo apetito.

—Entonces, acépteme una copa... Mientras tanto —le advirtió— le pondré al corriente de ciertos detalles que le interesa sobremanera no ignorar. Es por su bien.

—Le acepto la copa.

—¿En su habitación? —le sonrió.

—No, hoy estoy cansada.

—No tiene apetito, está cansada... ¿De dónde demonios viene, si puede saberse?

—Que el otro día tuviera la debilidad de pedirle que me ayudara, que roe protegiera, no le autoriza a inmiscuirse tanto en mis asuntos privados.

—¿Ah, no? —se hizo el gracioso—. Suponía que sí.

—Pues ya lo sabe..., ¡no!

—Venga a esa mesa —y alzando la voz pidió al posadero un par de brandys.

—Podía haberme consultado si me apetecía otra cosa.

—Para lo que tengo que decirle, mejor brandy. No le quepa la menor duda.

—Dígamelo de una vez.

Tenían ya las dos copas sobre la mesa. Alrededor de ellos, en aquel momento, nadie.

Una ocasión idónea, inmejorable, para poder hablar francamente.

Es lo que hizo Lewis Payne.

—Esta noche debe hacer las maletas y mañana largarse de Meysstton así que empiece a despuntar el día.

—No me va —dijo ella—. Será mejor que me dé otro consejo.

—Si no se marcha —repuso Lewis Payne—, puede morir acuchillada... De ocho cuchilladas... Ahora es el momento del brandy —intercaló, cogiendo la copa de Bárbara y ofreciéndosela.

Ella la aceptó con mano temblorosa, y se la bebió casi de un trago. Pero luego se tomó a broma lo oído.

—¿Quiere asustarme? —inquirió, riéndose un poquito.

Pero sólo un poquito. No encontró valor para más. Seguía sin tenerlas todas consigo.

—Usted me dijo que necesitaba ciertas seguridades y que esperaba que yo se las proporcionara... Pues bien, al decirle que haga las maletas y que se vaya de Meysstton, me limito a...

—No continúe por ese camino, señor Payne. No estoy dispuesta a marcharme.

—Me dijo también, si no recuerdo mal, que estaba un poco asustada... ¿Qué le ha sucedido, ya se le ha pasado el miedo?

—Sí.

—Me está mintiendo, y no lo hace nada bien. Le flaquea el tono, se le pone pálida la cara, incluso, se le dilatan las pupilas... Y ése es un mal síntoma, ¿sabe?, suele suceder cuando el miedo empieza a convertirse en pánico...

—No quiera dárselas tan de suspicaz, y limítese, si lo desea, a vigilarme un poco.

—¿Cómo voy a vigilarla, si no sé lo que pretende, ni lo que intenta, ni siquiera adónde pretende llegar...? Siendo así —puntualizó — yo no me veo en condiciones de ayudarla.

—Bien mirado —dijo ella— no creo necesitar su ayuda. Cuando la otra noche le pedí que me echara una mano, exageré... Sí, ésta es la verdad, exageré de mala manera...

—No opino yo así, de ello que le haya vaticinado, no muy delicadamente por cierto, lo reconozco, de qué modo y forma puede morir si se queda...

—De ocho cuchilladas —dijo ella, queriendo sonreír, pero sólo haciendo un rictus.

—Sí.

—¿Por qué precisamente ocho...? —quiso saber.

—¿Acaso lo ignora? —inquirió Lewis Payne—. Así murió Julie, su

amiga.

—Creía que había muerto ahogada.

La vio temblar. Un temblor que ponía carne de gallina a toda su epidermis.

—Murió ahogada, la autopsia lo indicó claramente… Pero también tenía en el cuerpo ocho cuchilladas… Por lo demás, la encontraron totalmente desnuda… Haga con todo ello un argumento, y convenga conmigo en que…

—Que Julie muriera en tan extrañas e incomprensibles circunstancias, ¿significa forzosamente que yo, si me quedo, tengo que morir de igual modo?

—Tanto como eso… Pero tiene sus posibilidades, no le quepa la menor duda.

—¿Por qué?

—Julie iba a casarse con Frank Ballingtton. Usted también se encuentra en el mismo caso, ¿no?

—¿Qué idea absurda le ronda la cabeza?

—Ninguna definida, se lo aseguro. De ser así, se la expondría claramente. Pero presiento que la persona que acabó con Julie, deseará acabar con usted…

—No, no le encuentro el menor sentido a lo que me está diciendo —se irritó.

—¿Y qué me dice de las joyas…? —Lewis Payne la increpó así, de pronto—. Si ha venido atraída por sus destellos, y si ahora se muestra tan reacia a irse, eso significa que… —pero dejó la frase sin acabar.

Esperando que la acabara ella:

—Ya es tarde —Bárbara Harris se puso en pie, cortando por lo seco la conversación—.

Buenas noches, señor Payne.

—¿No quiere que vayamos a su habitación, o a la mía, como prefiera, a beber juntos una botella de champán? Ayer nos interrumpieron tan inoportunamente… Fue una verdadera lástima…

—No.

—¿De veras no quiere que…? —insistió.

—Le he dicho que no.

—Ayer estaba mucho más amable… Por lo que la supuse vehemente, temperamental, ardorosa como una buena llama… Ahora parece más bien lo contrario, fría, helada…

—Ayer no iba a casarme con Frank Ballingtton.

—Es una buena respuesta —admitió— contra la que honradamente no puedo objetar nada. Así pues, repliego velas. Buenas noches, Bárbara. Que descanse bien.

CAPITULO X

Estaba fumando un cigarrillo antes de disponerse a dormir, cuando comprendió que, si Bárbara Harris no le había aceptado a su lado, era por algo más que por escrúpulos morales: por algo más, qué duda cabe, que por simple ética.

Y comprendido esto, dio un respingo, saltó de la cama, y se vistió en menos de lo que tarda en decirse.

Instantes después salía de la posada, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la casa grande, la casa de los Ballingtton. Aunque no exactamente hacia allí, sino hacia la misma playa, hacia la misma arena, donde se quedó con la mirada dirigida hacia el islote.

Pero las tinieblas de la noche eran bastante intensas, difíciles de traspasar por muy aguda que se tuviera la mirada, y no le tocó otro remedio que seguir allí, agudizando el oído, presto a recoger cualquier sonido, por tenue que fuera, que pudiera llegar a sus tímpanos.

Le pareció captar el ruido de unos remos, pero ¿acaso no podía tratarse de una mera apreciación suya? Tenía que asegurarse.

En realidad, aquel sonido de remos había sido un hecho cierto, auténtico. Sin embargo, el ruido se fue alejando hacia el islote, quedando cada vez más mitigado. Por lo que Lewis Payne se quedaría sin volver a captarlo.

Entretanto, Bárbara Harris iba en la barca, sujetando fuerte los remos e impulsándolos rítmicamente.

No parecía cansarse. Quería llegar cuanto antes al islote:

Sabía dónde estaba el cofre de las joyas. Sabía bajo qué pedrusco se hallaba escondido, como si no existiera. Con llegar hasta allí, buscarlo y cogerlo...

Sí, estaba decidida a apropiarse de todas aquellas joyas. Decidida a huir con ellas lo más lejos posible.

¿A qué cargar toda la vida con Frank Ballingtton, un hombre que nunca le había gustado, si tenía en la palma de la mano la forma y el modo de conseguir de él lo único que le interesaba...?

Había cogido la barca para llegar hasta el islote. La utilizaría, asimismo, para salir de allí.

Todo podía resultar facilísimo.

Pero, en eso, Bárbara se quedó inmovilizada, crispados sus dedos sobre los remos que hasta entonces sujetara fuertemente. Su garganta se había contraído.

Acababa de ver dos manos de hombre que asomaban del mar y se

cogían al borde de la barca.

Un gesto espasmódico cruzó su rostro.

Tras esas dos manos, aparecieron unos hombros y una cabeza.

—No te asustes… —dijo la voz ronca, recia, arañada de aquel hombre fuerte, de oscura y torva mirada.

Bárbara Harris se dio cuenta de que, de repente, había perdido su capacidad de reacción. Se había quedado como inanimada.

El hombre, de un ágil brinco, se metió en la barca.

—¿De… de dónde sale? —preguntó finalmente Bárbara, tras hacer un gran esfuerzo para poder articular las palabras.

—Ya lo has visto… —ironizó, y empezó a mirarla de un modo extraño, desvariado.

—Del agua…

—Eso mismo —y le preguntó seguidamente—: ¿Adónde vas…? ¿Al islote…? Sí, claro que sí —se respondió a sí mismo—. Igual que quiso hacer Julie…

—¿Cómo…? ¿Cómo ha dicho…? —inquirió, mientras le daban unos dientes contra los otros.

—Digo —se rió— que lo mismo que quiso hacer Julie… Ella también buscaba lo mismo que buscas tú…

—Julie… —murmuró.

—Sí, la chica a la que maté…

—¿Quéeee? —el miedo, el espanto, hicieron que Bárbara se sintiera ya más muerta que viva.

—Sí, la maté —ratificó el hombre—. Le di ocho cuchilladas… También la desnudé…

Pero su muerte fue por ahogo —y añadió—: Contigo voy a hacer lo mismo…

Ella retrocedió, espantada, horrorizada. Un recuerdo le había llegado a la mente.

Murmuró:

—Yo le conozco… Sí, yo sé quién es usted… Vi su fotografía en los periódicos…

—¡Sí que tienes buena memoria! —elogió, echándose a reír de un modo escalofriante.

—Sí, es usted aquel que…

—Pero la buena memoria que tienes, de muy poco te va a servir. Lo lamento por ti.

Se abalanzó sobre ella. Y Bárbara cometió el mismo error que

cometiera Julie, esto es, echarse al agua y empezar a nadar huyendo de allí lo más rápidamente posible.

El hombre se echó tras ella y no tardó en alcanzarla. Luego, esto fue lo peor, la impulsó hacia abajo, la hundió en el agua...

Bárbara quiso luchar, y lo hizo, pero sólo en un principio. En seguida empezó a faltarle el aire, la respiración, y todo "se le complicó trágicamente.

Sin embargo, a aquel hombre parecía tenerle sin cuidado la falta de oxígeno.

Bárbara empezó a sentir claros síntomas de ahogo, de asfixia, mientras el hombre empezaba a arrancar las ropas de su cuerpo...

Quiso, en un esfuerzo supremo, alcanzar la superficie, asomar la cabeza sobre las aguas, respirar de nuevo. Pero el hombre la hundía cada vez más.

Notó que se le hinchaban las venas del cuello y de la sien, hasta quedar a punto de explotar.

Entonces se dio cuenta de que, en la mano de aquel hombre, aparecía un cuchillo.

Su expresión, abotargada por el ahogo, por la asfixia, se llenó de indescriptible espanto.

De pronto, sintió que un dolor agudísimo se le incrustaba en el cuerpo.

Abrió la boca para gritar, o para respirar. Ni ella misma supo exactamente para qué. Le entró el agua en los pulmones...

También le entraba ya, por segunda vez, el cuchillo en el cuerpo...

Vio que el agua se teñía de rojo. De un rojo violento, que luego se hacía más tenue, más claro...

Otra cuchillada. Esta le partió el corazón. O cerca, muy cerca de allí anduvo la afilada hoja.

Aquello significaba el final. Lo notó. Pero ella sabía que aún faltaban cinco cuchilladas más... El asesino tenía que llegar hasta el número ocho...

Pero las cuchilladas que faltaban, ella no las notaría. Ya el corazón se le paraba, ya se detenía la sangre en las venas, ya el pulso se le interrumpía...

Antes de dar el último estertor, vio que su asesino iba a besarla.

* * *

Se aclaró un poco el cielo, y entonces a Lewis Payne le pareció ver, a medio trecho, entre la playa y el islote, la silueta de una barca

de remos.

No lo pensó más. Se echó al agua. Y nadó a largas, enérgicas y decididas brazadas.

Pero cuando llegó junto a la barca, convencido de encontrar allí a Bárbara Harris, no vio a nadie. La barca estaba vacía.

Le dio la impresión de que el agua, bajo su superficie, bajo la barca, se agitaba. Le pareció, incluso, que el agua tenía allí una tonalidad distinta.

Se quedó esperando...

Si alguien había allí abajo, tendría que salir. Forzosamente. En buena lógica no podía quedarse sin respirar tanto tiempo.

Pero no salió nadie.

Entonces volvió a la playa.

Pero cuando pisó la arena, vio que allí había una mujer muerta, desnuda, con ocho cuchilladas metidas en el cuerpo.

Era Bárbara Harris.

CAPITULO XI

Tras acercarse al ventanuco del sótano, Lewis Payne permaneció un buen rato mirando a través de los barrotes de hierro. Pero no vio a nadie.

Estaba pensando en abrirse paso a través del ventanuco, si es que con la fuerza de sus manos podía torcer los hierros, pues no parecían excesivamente fuertes, cuando inesperadamente oyó tras él la voz de Lucille:

—Temía que te hubiera sucedido algo. Te he visto salir de la posada tan aprisa...

—Hola —sonrió él, volviéndose.

—Menos mal que te veo bien —sonrió ella también—. Pero ¿qué haces aquí?

—Me gustaría entrar.

—¿Para qué?

—Para ver qué vida llevan los cangrejos...

—¿Y qué importancia puede tener la vida que lleven? —se asombró de lo oído.

Sin darle más explicaciones, Lewis Payne cogió los barrotes de hierro y los presionó con todas sus fuerzas. Empujaba el uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda.

Hasta que, finalmente, sus esfuerzos se vieron recompensados. Los dos hierros dejaron entre sí un hueco suficiente como para que pudiera meterse por allí un cuerpo humano.

—Ya paso —dijo Lewis Payne.

—Si pasas tú, puedo pasar yo —repuso ella.

—De acuerdo. Yo primero y luego te ayudo a bajar a ti.

—Bien.

Así lo hicieron. No les costó.

Pocos instantes después estaban en el interior del sótano, el cual empezaron a recorrer con todo sigilo. No querían que nadie pudiera darse cuenta de la presencia de ellos en aquel lugar.

—Pero, bueno, ¿qué buscas? —inquirió ella—. Me gustaría saberlo, ya que ahora estamos investigando juntos...

—Chisss... —pidió él, pues había oído un rumor.

Un rumor que, tras acercarse a una puerta, vieron que procedía de allí.

Se trataba de una conversación.

Pamela estaba hablando con su hermano Frank.

—Ya no aguanto más esta situación. Mis nervios ya no dan más de sí. Tienes que decirme la verdad, todo lo que hasta ahora tan celosamente nos has ocultado.

—Más adelante... —dijo Frank—. Por favor, ten un poco más de paciencia.

—Mi paciencia está agotada. ¿Es que no comprendes que nos estás pidiendo demasiado...? Ni ese hombre mayor es nuestro abuelo, ni el otro, el joven, nuestro primo... Y, sin embargo, nos haces decir a todos nuestros amigos y amistades...

—Os he dado una joya a cada una, ¿no? Una para ti y la otra para Elisabeth.., Son dos joyas de mucho valor, podéis valorarlas si queréis... No, no os prohíbo que lo hagáis... Así las cosas, creo que podéis concederme un margen de confianza...

—Pero ¿de dónde has sacado esas joyas? —inquirió Pamela—. ¡Si es precisamente eso, su valor, que sean realmente auténticas, lo que tanto a Elisabeth como a mí, nos tiene más preocupadas! No damos con ninguna respuesta tranquilizadora...

—Es un secreto... De momento, tengo que silenciarlo, por el bien de todos... Pero así que se aclare un poco la situación... Así que todo vuelva a la normalidad...

—Para que todo empiece a ser normal, dime quién es ese abuelo nuestro, y quién es el primo Steve... Los dos, auténticos desconocidos para mí...

—En otra ocasión... En otra ocasión... —dijo y repitió Frank Ballingtton. Pero esta vez añadió—: Si supieras la verdad, perderías los nervios, no acertarías a disimular debidamente y eso podría echarlo todo a rodar...

—Los nervios ya los tengo# perdidos, rotos —repuso Pamela—. ¿Cómo no, si no nos podemos quitar de encima el miedo? A Julie le dieron ocho cuchilladas, ¿lo has olvidado...? ¡Y tú la llevaste al islote en la barca! ¡Te vio Elisabeth y te vi yo!

—Yo no la maté... —tembló Frank Ballingtton—. Te aseguro que soy inocente... Yo quería casarme con ella... Era muy joven, muy guapa... Soñaba con tenerla a mi lado...

—¿Podrías demostrar tu inocencia a la policía, si Elisabeth hablara o si hablara yo...?

—Ninguna de las dos hablaréis.

—Entonces, hazlo tú... ¿Quién es ese hombre que vive aquí, en el sótano, encerrado en ese laboratorio...? Tiene la puerta abierta, puede

salir si quiere, pero no, permanece oculto, no quiere ser visto... Sí, permanece como encerrado... ¿Y quién es el otro, Steve, como tú dijiste que debíamos llamarle...? Ultimamente no le vemos por aquí... Pero yo siento, palpo, su inquietante presencia...

—Te aseguro, Pamela, que es... es mejor que no... no sepas la verdad... ¡Es tan alucinante!

—¡O me dices ahora mismo quién es ese hombre, el que está metido en el laboratorio o...! —parecía exigirle una respuesta. O estar amenazándole, y muy seriamente por cierto, si la respuesta no llegaba.

De súbito, sucedió lo que los dos menos podían esperarse.

Se abrió una puerta y se dejó ver Lewis Payne. Quien, sin andarse por las ramas, dando la cara abiertamente a la situación, declaró:

—Si quiere, Pamela, yo le diré quién es ese hombre que ahora, como a todas horas, debe estar trajinando en el laboratorio con sus cangrejos... Y si quiere, le diré también quién es el otro, el joven...

Pamela se había quedado con la boca abierta.

En cuanto a Frank Ballingtton, se puso a temblar de pies a cabeza. No tuvo capacidad para nada más.

—Sí, dígamelo —rogó la muchacha.

No le preguntó cómo es que se hallaba allí. Ni cómo era que también estaba allí Lucille, la enfermera.

—Ese hombre mayor, que su hermano le hace decir que es su abuelo, es él famoso científico doctor Padggone. En cuanto al otro, al joven, no es más que un psicópata, un maníaco sexual, un asesino, que debía haber pagado en la silla eléctrica todos sus crímenes... Ambos —puntualizó Lewis Payne, rotundo, categórico— supervivientes del accidente de aviación acaecido aquí hará cosa de un año...

—¿Cómo lo... ha averiguado? —preguntó Frank Ballingtton, cuando la sorpresa experimentada le permitió articular estas palabras.

—Me ha costado poco llegar a esta conclusión —dijo Lewis Payne —; todo lo indicaba así con diáfana claridad. Además, para estar más seguro, ayer mantuve una llamada telefónica con Nueva York, desde donde se me facilitaron los datos que por sí solos ya no podían ser para mí más elocuentes. El primero, que el doctor Padggone estuvo, hará unos años, en Australia, estudiando una raza especial de cangrejos... Segundo, el psicópata, el maníaco sexual que iba a morir en la silla eléctrica, se hallaba convicto y confeso de haber violado y asesinado a ocho muchachas —respiró hondo antes de proseguir—: Pero el resto sigue estando oscuro. Demasiado oscuro para que yo pueda darme el lujo de seguir deduciendo... Espero, señor Ballingtton, que sea usted ahora quien colabore y me facilite las cosas...

—Yo no… no… —tartamudeó.

—¡Sí, usted ha de ser quien lo haga! —exclamó Lewis Payne—. Porque es usted quien está enfangado en esto hasta el mismo cuello… Le supongo lo suficientemente inteligente para darse cuenta de ello…

—Yo no he hecho nada malo… No, en absoluto… Le aseguro a usted, que nada más lejos de mi intención…

—Pero están en su poder unas joyas valiosísimas, ¿no es eso? ¿Qué quiere que suponga, que han caído del cielo y que usted las ha recogido casualmente?

—No las he… he robado —tartamudeó—. No se las he quitado a… a nadie… Podría jurárselo…

—Déjese de juramentos y empiece por explicarlo todo desde el principio. De no hacerlo así —le previno— iré directo a hablar con la policía. Deduzco que eso no le interesa a usted, así que doy por sentado que va a sincerarse conmigo…

—Sí, supongo que es lo que más me conviene —respondió finalmente Frank Ballingtton.

CAPITULO XII

—Yo fui el primero en llegar al lugar del avión siniestrado —repuso instantes después—. Supuse que todos los pasajeros habrían perdido la vida en tan brutal y aparatosa caída, pero me equivoqué... Como usted ha dicho, había habido dos supervivientes...

—El famoso científico doctor Padggone... Y un psicópata, maníaco sexual, condenado a muerte en la silla eléctrica... —dijo Lewis Payne.

—Exactamente —asintió Frank Ballingtton—, aunque yo, entonces, ignoraba que aquel hombre joven estuviera condenado a la última pena. Ni la menor idea de eso. Pues bien, apenas me di cuenta de que el doctor Padggone permanecía con vida, milagrosamente ileso, fue cuando oí que el maníaco sexual me decía: «Lléveme a su casa, cúreme la pierna que tengo rota y que ahora me impide incluso tenerme en pie, y yo le haré rico... ¡Tan rico que podrá casarse, si quiere, incluso con la mujer más guapa del mundo!»

—Es decir... —Lewis Payne, con sentido del humor, chasqueó la lengua—. Con las preciosidades que rondan de aquí para allá. Prosiga.

—Creí que deliraba —dijo Frank Ballingtton—, pero pronto me convencí de que no era así... Se trataba de que, durante el vuelo, había oído dialogar al doctor Padggone con su vecino de asiento... El doctor Padggone estaba seguro de conseguir un gran invento, que

a no tardar llegaría a hacerle famoso...

—Sé a qué invento se refiere... Criar cangrejos de una raza especial, hacer los ejemplares lo más grandes posibles y apropiarse de sus branquias... Luego, éstas, injertarlas a un ser humano... —lo había dicho Lewis Payne, para ahorrarle la explicación.

—Sí, sí —asintió Frank Ballingtton—, más o menos esto. Pero para terminar sus investigaciones, el doctor Padggone necesitaba tranquilidad, poder concentrarse, lo que le resultaba enteramente imposible viviendo con su esposa, una mujer insustancial que se pasaba el día diciendo banalidades... Por eso había cogido aquel avión, buscando un lugar de absoluto aislamiento...

—Hasta aquí, todo comprendido.

—En conclusión, si yo me avenía a llevarles a mi casa, dándole al doctor Padggone la soledad que buscaba y el laboratorio que necesitaba, y al otro, que se limitó a decirme que era un arrepentido que quería hacer algo bueno por la humanidad... ¿Comprende adónde voy a parar, señor Payne? El psicópata, el maníaco sexual, estaba dispuesto a dejarse injertar las branquias, a hacer de conejo de indias... De salir todo bien, entonces podría profundizar en el mar

como un pez, no le haría falta respirar... En tales condiciones, resultaría facilísimo conseguir los tesoros que hay en el fondo de todos los mares, en el fondo de todas las costas... Así, uno y otro, me pagarían a mí la ayuda prestada...

—Y usted se avino a eso.

—Sí —afirmó Frank Ballingtton—, la idea de ser rico y de poder casarme con una mujer hermosa, me arrastró a aceptar aquella proposición. Yo sabía —agregó— que sin dinero las mujeres guapas siempre se apartarían de mí, físicamente no valgo nada... Necesitaba dinero, para atraerlas... ¡Necesitaba dinero, para tentarlas!

—Y por lo que veo, todo ha constituido un éxito. Todo, menos la muerte de Julie y de Bárbara...

—¿De Bárbara? —respingó—. ¿Ha dicho de Bárbara...?

—Acabo de dejarla sin vida sobre la arena de la playa —informó Lewis Payne—, Tiene ocho cuchilladas en el cuerpo. Las mismas que recibió Julie. Las mismas que acabaron con la vida del doctor Taylor. Exactamente las mismas que le dieron al hermano de Julie...

—¿Su hermano? —volvió a respingar.

—Sí —asintió Lewis Payne—, aunque su cadáver no haya aparecido en ninguna playa.

De hacer desaparecer su cuerpo, se ha encargado quien le puso dos pedruscos encima...

El resto lo están haciendo los peces...

—No sabía nada.

—Pues ya lo sabe.

—Todo esto es horrible... —intercaló Pamela, que hasta entonces había permanecido como simple y muda espectadora.

—Ahora ya sé quién mató a Julie... —masculló Frank Ballingtton —. Ahora, desgraciadamente, ya puedo estar seguro. Quería hacerme la ilusión de que en esa muerte no había tenido nada que ver ese maldito psicópata... Sí, últimamente me confesó su personalidad... Desde entonces estoy destrozado, como loco... Pero ya metido en el lío, ¿qué podía hacer? Sólo seguir adelante... ¡Qué horror! —se ocultó, consternado, el rostro entre las manos.

CAPITULO XIII

—¡Sí, fui yo quien acabó con Julie! —apareciendo de pronto, el maníaco sexual soltó ante todos ellos una carcajada—. ¡Y he sido yo también, quien ha acuchillado a Bárbara!

Pero no llore demasiado por ellas, señor Ballingtton, a menos que quiera hacer el idiota una vez más... ¡Ninguna de las dos le quería a usted, ni siquiera un poco! Y las dos intentaron apropiarse del cofre de las joyas, para luego largarse... ¡solas! Pero yo no las perdía de vista —redobló sus carcajadas— y les salí al encuentro... Puedo asegurarle que no les gustó nada mi presencia... Sobre todo a Bárbara, que me reconoció... Por lo visto había visto mi fotografía en los periódicos y se acordaba de mí...

Había aparecido con un cuchillo en la mano y eso hizo que, de momento, Lewis Payne optara por permanecer simplemente a la expectativa. Pero contraatacaría pronto, claro que sí.

De súbito se apagó la luz.

Entonces notó que Lucille se pegaba a su cuerpo.

Oyó cómo Pamela gritaba.

Captó cómo Frank jadeaba.

Cuando la luz volvió a encenderse, pocos instantes después, el psicópata ya no estaba allí. Había desaparecido.

Entonces, oyeron un lastimoso gemido...

Lewis Payne corrió hacia aquel lugar, que era el laboratorio. Y se encontró con lo que se temía. El doctor

Padggone, el famoso científico, yacía en el suelo, entre un charco espantoso de sangre.

Sangre que salía a borbotones por las diversas heridas de su cuerpo.

Una, dos, tres...

Cuatro, cinco, seis...

Siete, ocho...

Sí, claro, ocho cuchilladas. Era la marca peculiar, exacta, de aquel maníaco. Tantas cuchilladas como muchachas había asesinado en las calles de Nueva York. Muertes por las que la justicia le había condenado a la silla eléctrica.

—Doctor Padggone...

Entreabrió los ojos, con enorme esfuerzo. Ya apenas le quedaba vida. .

Miró hacia los postes de madera, sobre los que se asentaba el techo. Miró hacia los recipientes de cristal, hacia los cangrejos. Habían crecido bastante, de tres a cuatro centímetros como mínimo, desde la última vez que Lewis Payne los viera. Miró alrededor suyo, comprendiendo que todo aquello iba a dejarlo para siempre.

—No debí quedarme aquí —musitó el doctor Padggone—, pero buscaba poder trabajar, sin que nadie me molestara, y aquí me ofrecieron eso… Pensé que era una solución… Con decir que era el abuelo, todo parecía arreglado… Sin embargo, me engañé… El hombre que se avino al trasplante, lo hizo sólo por salvarse de la muerte… No por el bien de la humanidad, que es lo que me dijo… Lo hizo, sí, para salvarse de la muerte a que le habían condenado los hombres, por violaciones y asesinatos… Acabo de enterarme… Mientras me ha acuchillado, me lo ha dicho…

—¿Por qué han hecho esto con usted, doctor? —preguntó Lewis Payne—. ¿Lo sabe?

—Sí —asintió—. Porque he comprendido quién es el verdadero culpable de todo… A pesar de que parecía entregado por entero a la obsesión de mi invento, he terminado dándome cuenta…

Viendo que apenas le quedaba aliento, Lewis Payne se apresuró a preguntarle:

—¿Se refiere a Frank Ballingtton…? —y como no le viera responder—: ¿Quiere hacernos creer en su relativa inocencia, cuando en realidad…?

El doctor Padggone no le respondió.

Hubiera querido hacerlo, pero no pudo.

Tenía ya demasiadas heridas en su cuerpo. Había salido ya demasiada sangre de sus venas. El último estertor le había subido a la garganta, quedándole allí detenido.

—Le aseguro que yo le he dicho toda la verdad —gimió Frank Ballingtton, a sus espaldas—. No le he ocultado nada… ¡Si he incurrido en culpabilidad, ha sido sin saberlo!

La luz volvió a oscilar de nuevo.

Lewis Payne comprendió que iba a llegar un nuevo apagón. Algo premeditado, como la otra vez, por descontado.

Se acercó a Lucille. Lo hizo, desde luego, con la máxima discreción posible.

—Así que la luz se apague —le dijo, bajito, para que solo ella pudiera oírle— retrocede unos pasos, sal por esa puerta y busca el ventanuco por el que hemos entrado. Allí cerca hay un taburete, cógelo, súbete a él y alcanza la salida… ¡Y vete corriendo a avisar a la

policía! ¡Que vengan inmediatamente!

—Pero ¿tú te quedas? —la muchacha se estremeció.

—Sí —asintió él—. Aquí hay todavía mucho que averiguar…

—Si sabemos que el asesino es ese psicópata, ese maníaco sexual… Si sabemos que, lo que parecía incomprensible, es debido a un injerto practicado con branquias de cangrejos… Si todo tiene ya explicación, aunque a nosotros nos resulte alucinante e incomprensible… Si todo está ya aclarado, ¿qué otra cosa necesitamos saber? ¡Que la policía detenga y se encargue de ese hombre, es trabajo suyo! Nosotros, ahora, debemos limitarnos a huir —añadió Lucille— antes de que, con su cuchillo en la mano, pueda aparecer de nuevo…

—La palabra huir no está en mi diccionario —contestó Lewis Payne. Y la apremió—: Anda, haz lo que te he dicho en cuanto falte la luz… No pierdas la ocasión. Apenas dicho esto, la luz volvió a apagarse.

* * *

Sabiendo que Lucille estaría ya llevando a cabo sus instrucciones, Lewis Payne pudo dedicarse, en medio de aquella oscuridad, a proteger a Frank Ballingtton. Y es lo que hizo, alargando la mano y haciéndole retroceder rápidamente.

Captaron ambos, al instante, el sonido de un cuchillo que rasgaba el aire. No había encontrado otra cosa que rasgar.

Al encenderse de nuevo la luz, Frank Ballingtton, gracias a la ayuda prestada, seguía con vida. Por puro milagro, esto no cabe dudarlo. Era así.

Vieron a Steve, el psicópata, el maníaco sexual, el asesino… Estaba allí.

—¿Por qué has querido ma… matarme? —le recriminó Frank Ballingtton, agarrotado por el miedo—. ¿Por qué?

—Ya no te necesitamos… —su voz era como siempre, recia, ronca, arañada.

—Acabas de expresarte en plural —Lewis Payne hizo hincapié en el detalle—, ¿A quién más te has referido? Anda, dímelo… Antes de que yo lo adivine…

—¿No es tan listo, amigo, como para averiguar eso? —se le mofó.

—Tonto del todo no soy… —Lewis Payne le miró, desafiante—. La prueba que no pudiste conmigo ni siquiera bajo el agua… Supongo que no te has olvidado de mí… Yo, con sinceridad, te recuerdo perfectamente…

—No pude matarte entonces, pero te mataré ahora —bufó—. Además, sabes ya demasiadas cosas.

—Todos los que estamos aquí, sabemos ya demasiadas cosas... —recalcó—. No vas a terminar con todos, ¿verdad?

—Sí... —silbó, mientras alzaba el cuchillo con gesto fiero.

Un gesto fiero que parecía de simple amenaza. Desgraciadamente fue más que eso. Y se la cargó, de súbito, quien en aquel momento daba la sensación de permanecer más al margen de todo.

El brillo del cuchillo había producido algo así a un brusco relampagueo, clavándose fulminantemente en el cuerpo de Pamela. Quien, como estaba lejos de esperar tal acometida, no acertó ni a retroceder un solo centímetro, y quedó inmóvil, por completo al alcance de su asesino.

El cuchillo salió de aquel cuerpo convertido en una línea roja, escarlata, viscosa, goteante...

Lewis Payne se precipitó hacia el maníaco sexual. Alguien tenía que presentarle cara y sólo él, al parecer, estaba dispuesto a hacerlo. No iba a quedarse cruzado de brazos mientras eran exterminados uno a uno.

Fue recibido con el cuchillo en alto, aún goteando sangre...

Pamela había caído al suelo, agonizando. Con las manos sobre el pecho, daba la impresión de querer contener la hemorragia. Pero la sangre se le escapaba tumultuosa entre los dedos. No había modo de contenerla. Ño había forma de pararla.

Lewis Payne no se acobardó ante aquel cuchillo, ni ante el desquiciado desvarío que brillaba en aquellos ojos torvos, asesinos. Esquivó el arma de su enemigo un par de veces

y luego contraatacó.

Lo hizo con tal arrojo y a la vez con tantísima rapidez, que Steve quedó desconcertado.

Eso le hizo perder unos segundos, que aprovechó Lewis Payne para descargarle en el mentón un puñetazo fenomenal.

Cayó hacia atrás, quedando desvanecido.

Parecía, pues, que la pelea la había ganado el joven detective.

No, no era así ciertamente.

En aquel momento se dejó ver la persona a la que Lewis Payne hacía rato que estaba echando a faltar. En realidad, era la única que faltaba para que estuvieran ya todos reunidos.

Se trataba de Elisabeth, la hermana de Pamela y Frank Ballingtton. La que pedería de dolores de cabeza, a veces tan

persistentes y tenaces que resultaban casi insufribles. Para eso le inyectaba Lucille a diario.

Se dejó ver con una pistola en la mano. Con un gesto violento en el rostro. Con un rictus siniestro en la boca. Con una mirada pavorosa en los ojos.

CAPITULO XIV

—Estaba pensando en usted, Elisabeth, se lo aseguro —dijo Lewis Payne, irónico—.

Bien mirado, sólo usted o Pamela podían ser el alma de este sucio asunto... Acuchillada

Pamela, sólo quedaba pensar en usted...

—¿Por qué una de las dos? —quiso saber, y sus dedos crispaban irasciblemente la pistola.

—Cuando Steve, tras el accidente de aviación, quiso tentar a su hermano Frank, lo hizo pronunciando éstas o parecidas palabras: «¡Le haré tan rico, que podrá casarse, si quiere, incluso con la mujer más guapa del mundo...!» Pues bien, diciendo esto demostró que él sabía que su hermano deseaba, ante todo eso, casarse con una mujer hermosa... ¿Y cómo podía saberlo? No cabe duda, alguien le había informado, y bien, por cierto...

—¡Sí, en efecto! —exclamó Elisabeth, cada vez más violento el gesto de su rostro—.

¡Lo ha averiguado usted! Yo fui la primera que llegué al lugar del accidente. Y sí, entonces lo planeé todo... Había reconocido a ese hombre, condenado a la silla eléctrica... Había reconocido asimismo al doctor y científico Padggone, de cuyo posible invento tanto se estaba hablando... Ambos estaban allí, con vida... El doctor, eso sí, sin conocimiento.

Mejor, eso favorecería mis planes... Y quise sacarle provecho, pues, a todo lo que, bien barajado, podía significar la gran oportunidad de mi vida... —tras respirar hondo, prosiguió—: A Steve, le amenacé con delatarle a la policía si no secundaba mis planes, si no colaboraba del modo que yo le exigía... Le hice, quieras que no, obedecerme... Pero luego nos hemos hecho muy buenos amigos.

¿Por qué no, si yo le ofrezco chicas guapas para que haga con ellas lo que quiera...? Por ejemplo, Julie y Bárbara... Yo comprendí que iban a ir al islote y le avisé a él... El les salió al encuentro... Por lo demás, ¿por qué no habíamos de ser buenos, excelentes amigos, si colaborando juntos podemos llegar a ser fabulosamente ricos? ¡Y es lo que ambiciono! — exclamó—. ¡Ser rica! ¡Muy rica! Con tal finalidad lo he hecho todo...

—Usted hizo que Steve matara al doctor Padggone.

—Su trabajo ya había finalizado —dijo Elisabeth— y era peligroso que hablara más de la cuenta. Además, creo que había empezado a desconfiar de mí.

—Hizo que mataran al doctor Taylor.

—Otro a desconfiar de mí —repuso Elisabeth—. Me vi obligada a decir a Steve que le acuchillara... Yo hubiera preferido una sola cuchillada —detalló—, el pobre no era mala persona, yo, en el fondo, le apreciaba. Pero Steve se empeñó en que fueren ocho... Ese número le encanta, le obsesiona... En realidad —puntualizó— en ciertos pormenores es como un niño grande. Recuerdo que, al poco de llegar usted, señor Payne, se empeñó en que diéramos una fiesta en su honor... Frank accedió a ello, pues desconocía aún su verdadera personalidad... Pero, claro, a la hora de la verdad tuvo que pretextar una excusa... No podía dejarse ver ante tantas personas... Una u otra le hubiera reconocido, salió varias veces fotografiado en los periódicos... Pero a mí me costó convencerle de que la fiesta no era posible... Hasta persuadirle de ello, tuve mucho trabajo... Sí, es a veces como un niño grande... Pero, en fin, todo esto es demasiado hablar, ¿no creen?

—Has hecho matar a Pamela —Frank se había arrodillado junto a su hermana menor, que había dejado ya de existir—. ¿Qué mal te había hecho la pobre...?

—Era una estúpida. Cuando más me interesaba que callara, se empeñó en hablar y yo debí imitarla para no inspirar sospechas al señor Payne. Por lo demás, ni ella ni tú, Frank, me interesáis ya con vida —barbotó Elisabeth—. No quiero tener que repartir con nadie lo que a mí me toque... Si Steve te ofreció el cofre y su contenido, fue para que, de momento, creyeras y dieras como buena la ingenuidad del argumento que habíamos inventado en tu honor... Pero yo no estaba dispuesta a consentir que tú dieras joyas a nadie, ni a Julie, ni a Bárbara... ¡A nadie!

Hizo una seña, y Steve, ya repuesto del golpe recibido en el mentón, y ya en pie, se dirigió hacia Frank Ballingtton. El cuchillo volvía a estar en su mano.

—No, no... —gimió la presunta víctima, agarrotada por el miedo.

El cuchillo entró en su pecho, en un golpe certero y profundo. Un golpe que, sin necesidad de más, le dejó seco.

—¡A ése átale allí...! —ordenó seguidamente Elisabeth, refiriéndose a Lewis Payne e indicando uno de aquellos postes de madera, sobre los que se asentaba el techo—. ¡Quiero que su muerte sea más lenta! ¡Y quieto... —previno— o disparo ahora mismo!

Estaba dispuesta a hacerlo, bastaba ver cómo brillaba siniestramente su mirada.

Así que Lewis Payne pensó que era mejor dejarse maniatar. Ganar tiempo le interesaba. Eso iba a su favor. Lucille estaría ya hablando con la policía... Además, llevaba una pistola en la pierna, en plan de

emergencia, por si acaso, y le interesaba encontrar la ocasión de poder sacarla a relucir.

Steve le ató, con los brazos atrás y las muñecas juntas, fuertemente sujetas. Le amarró el cuerpo desde el tórax hasta más abajo de las rodillas. Se afanó en su cometido.

Asegurándose a más y mejor.

Pero Lewis Payne sabía darse buena maña en desatarse. Siempre le había gustado emular a Houdini. No sería esta vez la excepción. Sólo que, claro, necesitaba contar con dos o tres minutos como mínimo.

CAPITULO XV

Lo mejor, con el fin de dar tiempo a que fueran avanzando las manecillas del reloj, era encontrar un tema de conversación.

—¿Y dónde encontraron esas joyas, Elisabeth? —preguntó—. Se lo pregunto por curiosidad. Siempre he sido un hombre muy curioso.

—No tengo inconveniente en decírselo, señor Payne.

—Muy agradecido.

—No muy lejos de aquí, hace años que se hundió un yate... Pertenecía a una dama riquísima, famosa por la esplendorosa y radiante belleza de sus joyas... Les joyas — añadió— las llevaba siempre consigo... Así que, con buscar en su camarote...

—Pero lo conseguido no es nada... —dijo Steve—, es sólo el principio. El injerto que hizo el doctor Padggone en mis pulmones me confiere un poder que hoy día no tiene todavía ningún otro ser humano, por lo qué...

Se interrumpió, dando tres violentos y súbitos respingos. Porque tres balas, una tras otra, rápidas, acababan de entrarle por la espalda.

Elisabeth Ballingtton le había disparado a bocajarro.

Cayó de rodillas, soltando el cuchillo. No comprendía aquello y desorbitaba los ojos, desencajando las pupilas.

Oyó cómo Elisabeth decía:

—Así será todo mucho más sencillo para mí.

—¿Usted cree...? —inquirió Lewis Payne, desde el poste de madera en que se hallaba sujeto.

—Sí, claro —y le explicó seguidamente—: Luego de matarle a cuchilladas a usted, ocho cuchilladas exactamente, para que el número rime y encaje con los otros crímenes, avisaré a la policía... Diré que he disparado contra Steve, en legítima defensa... Luego les daré mi versión de los hechos... Más o menos, que mi hermano Frank ofreció su hospitalidad al doctor... Que se la ofreció, asimismo, a otro de los supervivientes, y que éste, que dijo llamarse Steve, había terminado matando al doctor, y a mis dos hermanos, y también, según había dicho, a Julie y Bárbara... Diré que yo no entiendo nada, que ese sujeto debía estar loco... Dada la personalidad del sujeto, no tardarán en creerme, dando por buena mi explicación... Y yo me quedaré con las joyas, que sabré vender en el momento oportuno, sin precipitaciones... ¿Qué le parece?

Steve seguía de rodillas. No se resignaba a caer de bruces. Se resistía a ello.

Parecía comprender que aquello equivalía poco menos que a morir. Si caía no se levantaría ya.

Miraba a su alrededor. Ponía sus ojos sobre aquellos recipientes de cristal, donde se movían los cangrejos, cada vez mayores. Miraba el armario de acero inoxidable, lleno de instrumental, donde se hallaba la botella con aquel líquido verdoso…

Miraba también el cadáver del doctor y científico… Si él viviera, seguro que aún sería capaz de salvarle. Pero estaba muerto. Del todo. El mismo le había matado y rematado.

También miraba a Elisabeth, su asesina. Seguía con la pistola en la mano.

Hubiera dado cualquier cosa por poder arrebatársela y por colocar sus manos en su cuello, y apretar fuerte, muy fuerte, hasta que la lengua le colgara fuera un par de palmos.

Imposible, no tenía fuerzas para nada. Ni siquiera ya para tenerse de rodillas.

Lewis Payne parecía moverse un poco más de lo debido. ¿Se estaría desatando…?

Ojalá lo consiguiera y lograra hacerse dueño de la situación, dando a Elisabeth su merecido… Pero le había sujetado bien las manos, le costaría quedar libre.

De pronto, Steve se dio cuenta de algo. Y ese algo, a pesar de todo, le hizo sonreír.

—La chica guapa, Lucille… Yo quería encontrármela a solas… Hace poco estaba aquí…

Ahora ya no está. ¡No está —miró a Elisabeth—, seguro que ha ido a avisar a la policía!

¡Estás perdida, Elisabeth! ¡Ya no hay quien te salve!

Ahora sí cayó sobre el suelo, de bruces. Y allí se quedó quieto, inmóvil. Ya se había movido en esta vida todo lo que tenía que moverse.

Exasperados, relampagueantes, frenéticos, relucieron los ojos de Elisabeth Ballingtton.

Las palabras de Steve le habían puesto sobre aviso, haciéndole comprender en él peligro que estaba.

Para Lewis Payne, tales palabras, pues, habían resultado contraproducentes.

Elisabeth se dispuso a acabar en seguida con Lewis Payne, antes de que pudiera hablar.

Por más que Lucille dijera a la policía, ¿qué podía en realidad

decir en contra de ella...?

No, la situación no era desesperada.

—¡Se acabó la charla! —sentenció.

Lewis Payne tenía las muñecas ya sueltas. Había logrado ya libertarlas de las cuerdas que las sujetaban.

Pero las otras cuerdas, alrededor de su tórax y piernas, seguían inmovilizándole junto a aquel poste. Mal iba a poder, en unos segundos, hacerse con la pistola. Para eso necesitaba medio minuto, o quizá algo más. Y Elisabeth Ballingtton, con el cuchillo que había recogido del suelo avanzaba ya hacia él...

No tardaría ni quince segundos en clavarle el cuchillo por la espalda. Por la espalda se le acercaba. ¿Qué podía hacer...?

Lewis Payne tenía los reflejos rápidos, veloces. Recurrió a ellos. Quince segundos era muy poco margen de tiempo. Tan poco que casi equivalía a una muerte cierta.

Pero estaba ya recordando la conversación que había sostenido con el doctor Padggone. Se acordó que él, Lewis Payne, dijera: «Si con dos gotas consigue hacer dos veces mayor el cangrejo, ¿por qué no echa en ese recipiente de cristal una cantidad muy superior de ese líquido verdoso y así precipita el crecimiento?» La respuesta había sido:

«El cangrejo, ante un crecimiento excesivo y precipitado, deja de ser un animal inofensivo, para convertirse en un ser iracundo, irascible, violento, y ataca...»

Y Lewis Payne, evidentemente, necesitaba en ese momento quien atacara a Elisabeth Ballingtton. Claro que podía también atacarle a él, pero debía correr ese riesgo. Bien mirado era ésa su única oportunidad..

Ya sentía el cuchillo rozando la piel de su espalda,, cuando levantó el brazo, cogió la botella de líquido verdoso que permanecía en uno de los estantes del armario de acero inoxidable, y la volcó de una sola vez en el más cercano recipiente de cristal...

Donde había un cangrejo. Sólo uno. En esos momentos, de unos quince centímetros de tamaño.

De súbito, el agua se agitó, hirvió como si bajo aquel recipiente de cristal se hubiera colocado de pronto una dantesca hoguera. Se llenó todo de espuma.

A través de ésta, Elisabeth vio, horrorizada, despavorida, cómo el cangrejo crecía y crecía, adquiriendo unas proporciones verdaderamente descomunales...

Y saltó del recipiente, y siguió creciendo, más y más, hasta

convertirse en algo horrible, pavoroso, realmente espeluznante.

Elisabeth gritó, descompuesta, ella también, ahora, agarrotada por el miedo. Y fue su propio grito el que acaparó la atención del insólito monstruo. Fue su propio grito el que le atrajo…

* * *

Como tenía ya el tamaño de un ser humano, le bastó esa acometida para tumbarla… Y una vez la tuvo en el suelo, con las enormes pinzas de sus patas delanteras, la atacó, cogiéndola con violencia por la garganta y apretando fuerte.

Elisabeth volvió a gritar. Aún más fuerte. Pero de poco, de nada había de servirle.

Cuando las horribles pinzas de las patas delanteras del descomunal cangrejo se hubieron cerrado, y eso lo hizo en brevísimos segundos, el cuello de Elisabeth Ballingtton estaba ya inexorablemente separado de su cuerpo.

Pero la irascibilidad de la bestia no había concluido, ni siquiera menguado, con esa muerte. Seguía dominado por la violencia, por la irritación. Los ojos del anormal crustáceo, pues, se volvieron amenazadores hacia Lewis Payne…

Sin embargo, éste no había perdido el tiempo. Había conseguido aflojarse las cuerdas que presionaban e inmovilizaban sus piernas y su tórax, hecho lo cual pudo ya doblarse e ir en busca de lo que necesitaba, y bien urgentemente por cierto…

Para cuando el monstruo se volvió hacia él, la pistola estaba ya en su mano y en camino iba una bala.

Una bala que había de resultar eficaz, infalible, pues se incrustó certeramente en el cerebro del horrible animal, y éste, herido de muerte, agitó en el aire sus patas de mortales pinzas, y luego se abatió, cayendo fulminado contra el suelo.

Sobre ese suelo en el que se hallaban varios cadáveres.

El doctor Padggone, Pamela, Frank y Elisabeth Ballingtton, y Steve, el psicópata, el maníaco sexual, el hombre condenado a la silla eléctrica.

Lewis Payne se había salvado por los pelos.

Pero cuando, momentos después, apareció Lucille con la policía, el joven detective no dio muestras de haberse impresionado lo más mínimo. Se limitó a comentar:

—Un poco más y no encuentran aquí con vida ni al apuntador…

* * *

—¡Qué mal rato he pasado! —le confesó Lucille, cuando ya estaban lejos de aquella casa, que vista de lejos parecía sumergida en el mar—. ¡Pensar que si no me daba prisa podíamos llegar tarde...!

—¿Tan mal te hubiera sabido perderme...? —sonrió Lewis Payne. Y .antes de que ella le respondiera—: Sí, supongo que sí, tú debes haberte hecho la idea de casarte conmigo.

—¡Eh, tú, presuntuoso, que yo no he dicho nada de todo eso! —protestó la muchacha.

—Pero lo digo yo... —y pasándole el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí.

—¿Qué es lo que dices tú? —preguntó Lucille, sin protestar por el atrevimiento de él.

—Que tu idea no me desagrada nada.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España